

Memoria agradecida DMSF



BOLIVIA, UNA PARTE DE LA VIDA

Maribel Sánchez Delgado

INTRODUCCIÓN

“Habiéndome convencido de que debía volver a mi mismo, penetré en mi interior, siendo Tú mi guía, y ello me fue posible porque Tú, Señor, me socorríste. Entré y vi con los ojos del alma... y por encima de mi mente, una luz...” S. Agustín.

Quieres que escriba, aunque sea a ramalazos, esta parte de mi vida en Bolivia. Quedamos en esta fecha: 4 de septiembre de 1988 (al año de mi llegada).

Hoy hace un año, venía de Bolivia hacia España, un año de estancia aquí y con el corazón partido por estar allí, por no poderme trasladar con el cuerpo a este lugar.

Trataré, aunque ya lo he hablado por partes, de escribirlo y llenar con ello las lagunas que quedaron. Puede que tenga más intensidad lo dicho que lo escrito, pero no me cabe duda que lo vivido es muy difícil de transcribir. Me dispongo a que llegue con toda su fuerza, con todo el corazón, y sea para mí, al verme volcada en un papel, como un espejo hondo donde se refleje la conciencia; sabiendo sobrepesar en ello todo este pasado, que en parte me aturdió y me sigue aturdiendo y viéndolo con distancia, con sosiego, con paz, palparé tanta riqueza que es imposible que salga de nosotros sin la presencia viva y palpitante de Él.

Tengo la Madre de Dios de Wladimir delante de mí: “la Theotocos” su mirada de ternura me ha acompañado siempre desde los 13 años que conservo su icono. En los viajes lo llevo en una cartera de cuero junto al pasaporte que cuelga del cuello; cuando voy de paso en la bolsa de equipaje y cuando mi estancia es más definitiva la coloco en la habitación en un sitio de “honor”. Su mirada en la que se refleja toda *la misericordia*, descansa en estas cosas tan cotidianas. Hoy le he dedicado esta *parte de mi vida en Bolivia*.

En junio de 1980, salía de Venezuela hacia España con billete de ida, sin regreso. La situación de este año escolar en Venezuela se empeoró y terminé sin puesto de trabajo en el colegio de Caricuao, por dificultades que tuvimos con la Supervisión de Educación del Distrito de Caracas, por falta de revalidación del título y nacionalidad.

Desde Madrid se pensó en un año sabático y eso se llevaría a cabo. Dejaba atrás 8 años de estancia en Venezuela, salía de la misma comunidad en la que llegué al principio, el Colegio había cumplido los mismos años de mi estancia en el país, en septiembre de 1973, cuando llegué se hizo la fundación del colegio en Caricuao, en realidad era un traslado del Colegio “Nuestra Señora del Rosario” en Las Fuentes, a un nuevo edificio y una nueva población en Caracas. El Colegio continuaba y yo dejaba en sus paredes infinidad de murales que cambiaba con frecuencia, pero sobretodo allí quedaba la *Vida*, la juventud de estos años, con tanto cariño y amor a estas gentes, un poco toscas, pero de buen corazón, grande y agradecido, de esos que nunca olvidan y que nunca olvidas.

Después de unos meses de vacaciones en mi casa y estancias cortas en distintos lugares donde viven mis hermanos, me incorporé, en octubre, a la comunidad de Amapolas para dar comienzo a un año de estudios teológicos en el Instituto León XIII. Esto ni lo había pedido, ni tenía muchas ganas de hacerlo

En mi interior venía con una idea muy peregrina, de esas que se tienen para soñar, pero que ni una misma piensa que se puedan hacer realidad. Hacía un año que había ido al Perú con dos hermanas de la provincia de Venezuela para hacer un seminario de la CLAR, sobre formadores; ya varias hermanas habían asistido a estos cursos en diferentes países y el propósito de la Provincia de Venezuela es que lo fuéramos haciendo todas, yo no lo pedí, pero por esta vía me llegó y así estuve un mes en Lima. El seminario en sí, lo recuerdo poco, pero me quedó algo muy grabado que aún no llego a entender cómo pudo calar en mi interior con tanta insistencia. La última semana del curso se propuso que el fin de semana lo pasáramos los participantes en una de las diferentes casas de formación que tenían las congregaciones en Lima, preferentemente en lugares de inserción con los más pobres.

Me tocó ir a la Villa Salvador, una barriada a las afueras de Lima donde el desierto se une a la miseria más deprimente de esta población indígena, que vienen atraídos desde sus picachos del altiplano o de las selvas amazónicas a probar fortuna a una ciudad saturada de pobreza.

La comunidad religiosa que me daba estancia en este fin de semana, estaba ubicada en este lugar y formada por una sola hermana, era irlandesa, llevaba 6 años trabajando aquí, no recuerdo como llegó y en qué condiciones estaba respecto a su congregación. Dimos una vuelta por el barrio la misma tarde de mi llegada, era inmenso, con más de 250.000 habitantes, con sus casas de esteras mal colocadas, que dejaban ver un interior vacío lleno de grietas.

Unos perros famélicos comían los excrementos y los orines que corrían entre las calles todas llenas de suciedad, con un cielo grisáceo que no dejaba nunca ver el sol y que no se desataba jamás en lluvia para purificar esta atmósfera de pestilentes olores entremezclados con la basura a la intemperie y frituras de harina con manteca. Los niños desnutridos, barrigones, anidando miles de parásitos, solo vestidos de la cintura para arriba con algún trapo ajeno que nunca habían estrenado, me miraban silenciosos. Yo era un ser privilegiado, estaba completamente vestida, con ropa que había sido comprada para mí; se acercaban, miraban los zapatos, me tiraban de la chaqueta con timidez pero con insistencia, era una forma de pedirme alguna prenda de la que veían que podía desprenderme sin quedar desnuda, permanecí en silencio, no di nada, no hablé nada, solo miraba o casi no miraba, de la vergüenza que sentía de ser distinta, de haber nacido así, de ver lo que era por dentro y por fuera, esos niños no me quitaban los ojos de encima, veían en mí a un ser que había pasado por una escuela sin perder ningún año, que nunca había pasado hambre, que incluso había podido elegir la comida que más me gustaba, sin verme forzada a comer las sobras de los demás, que siempre había estrenado ropa limpia comprada para mí, que viajaba, que venía de otro país, podía hablar, leer, ser persona respetada.

No sé si recuerdo más lo que vi por fuera o lo que viví por dentro, solo sé que volví al seminario de la CLAR en silencio, los compañeros comentaban con algarabía todo lo que les había ocurrido, yo no supe qué decir.

Partí para Venezuela, después de visitar el Machupichu, este vestigio que queda en pie de la gran cultura incaica y que golpea de una manera especial a nuestros antecesores españoles que destruyeron parte de todo esto. El silencio se imponía por fuera, del gran peso que llevaba por dentro.

Las grandes mayorías de estas poblaciones indígenas no tenían siquiera lo que tiramos nosotros a la basura. El nivel económico del que disponía Venezuela en este tiempo no era el patrimonio común de América Latina.

Más que el curso en sí, me había impactado lo que vi en las calles de Lima, en los barrios marginales, ese peso del silencio de la historia que había hecho rutinario en estos hombres y mujeres el nivel tan deprimente de pobreza en el que vivían.

Este acontecimiento sigue marcando en mi interior un ritmo tan insistente, como los latidos del corazón. No se ha ido, no se ha calmado, no se ha aclarado a pesar del tiempo transcurrido en Bolivia; sigue en pie, presente, pero no desvelado, me sigue llamando, pero desconozco su nombre, me insiste que vuelva a caminar, pero no sé a qué lugar. Es como un sueño loco, casi sin consistencia real, pero es lo que me mueve en lo más profundo, lo que me tira y a lo que tiendo aún sin saber cómo, ni en qué lugar, ni de qué manera

PREPARAR LA MARCHA A BOLIVIA

Comenzaba el año sabático en Madrid, era septiembre de 1980.

Con la distancia que tenía con Venezuela, la ausencia de un trabajo concreto y la estancia en la comunidad de Amapolas, que no se hacía muy estable por vivir mis padres en Madrid y pasar la mayoría del tiempo en mi casa, despertó en mí lo que tenía muy dentro desde la estancia en el Perú. Escribía cartas a comunidades desconocidas del altiplano peruano para poder trabajar con ellos durante un año o más, pero lo que salía no era muy concreto y yo quería presentar al Consejo General un tiempo posible en alguno de estos países andinos, libre de dependencia económica y con estancia en una comunidad religiosa, la estancia estaba salvada, pero el vivir por mis medios no, así que fui escribiendo nuevamente a otros lugares para ver si era posible. Mientras estaba en estas andanzas no comenté nada con nadie, a mí misma me parecía que no iba a ser posible.

En el curso que comencé en el Instituto León XIII, encontré a un jesuita que trabajaba en Bolivia, era Juan Envich, él llevaba el Departamento de Educación de Fe y Alegría en Potosí, le hablé de mi proyecto y me dio de inmediato la dirección de María Otaegui, una jesuitina que trabajaba en el mismo Departamento, pero en Santa Cruz de la Sierra, Departamento del oriente boliviano. Había oído que necesitaba una directora para una escuela de Fe y Alegría que se encontraba en la frontera entre Bolivia y Brasil, el nombre del poblado era San Miguelito. Al conectar con esta gente que trabajaba en Bolivia, caí en la cuenta que Ronces López tenía un hermano Marista que llevaba varios años en Bolivia, en un Colegio en Santa Cruz de la Sierra, yo misma le escribía la dirección en los sobres; así que uní las dos direcciones que tenía de Bolivia y escribí a mediados de noviembre, la contestación no se hizo esperar, fue inmediata por ambas partes y afirmativa. José Antonio, hermano Marista, me ofrecía en Santa Cruz unas clases de Religión en su Colegio por las mañanas y me decía que era posible mi estancia con unas hermanas mexicanas. María Otaegi, a su vez me presentaba la dirección de una pequeña escuela en San Miguelito, me explicaba que estaba en plena selva Amazónica a 1.500 Km. de Santa Cruz de la Sierra y que en esa misma zona vivían unas hermanas franciscanas, casi de vida contemplativa, dedicándose a la asistencia de enfermos.

Uno y otro me insistían que era urgente que fuera lo antes posible, pues el curso comenzaba a primeros del mes de febrero.

¡Ya estaba todo! Estancia, mantenimiento, trabajo directo con gente necesitada. Todo este cúmulo de noticias estaban listas para el 8 de diciembre, fecha que me reuní con el Equipo General para proponerles por palabra y por escrito el proyecto de la estancia en Bolivia por un año.

En esos momentos no se me ocurrió consultar con un mapa de Bolivia para ver la “pequeña” distancia que separaba Santa Cruz de San Miguelito y ver que eran dos opciones incompatibles para atender a la vez. Este detalle lo descubrí en Bolivia.

Ahora llegaba el momento de exponerlo al Equipo General y a la Provincia de Venezuela a la que seguía perteneciendo. El decirle a las hermanas lo que quería, no resultó muy extraño, pues en la Congregación estaban surgiendo proyectos comunitarios en zonas marginales y experiencias de pequeñas comunidades en pisos, lo que sí resultó un poco insólito en lo que proponía era que fuera en Bolivia, un país en el que la Congregación no estaba presente y que marchara sola y sin grupo, en fin, algo que cuadraba un poco con la fama que tenía de ser un tanto original e independiente.

Cuando estaba sola, volvía insistentemente a mi pensamiento una idea fija: ¡Arriésgate!, son 33 años ¿Qué has hecho de tu vida?

No recuerdo mucho más, fue algo profundo, pero poco claro para mí, tan inseguro que dudaba muy de veras y seguiría dudando mucho tiempo después, incluso estando ya en Bolivia, siempre me asaltaba esta pregunta ¿me confundía?. No recuerdo haber tomado una decisión seria en mi vida, sin pensar en el momento de realizarlo, todo lo contrario. Las dudas, la inseguridad, me atenazan, me dejan débil ante la opinión de los demás; y con este miedo, con esta vacilación, con tanta falta de apoyo, tenía que emprender este camino nuevo para mí, absurdo para los otros.

No sabía por qué, pero no podía, ni quería, volverme atrás. Con esta falta de seguridad en mi persona, proponía un proyecto “quijotesco” ¿Cómo no iban a dudar de mí los demás?

“No sabía que mi Señor me ayudaba...” como dice el Salmo. Era Él el que entretejía esta trama débil y fuerte, dudosa y segura al mismo tiempo, con falta de recursos, pero estaba Él en el camino esperando este salto al vacío.

Volví a tomar las riendas del asunto y antes de Navidad escribí una carta al Equipo General, cuya copia conservo aún y les exponía mi situación, me iba con plena responsabilidad, sin pedirles nada, sin comprometerlas, eso sí, pedía no salir de la Congregación, aunque tuviera que vivir sin comunidad, pues mi problema no era crisis vocacional, sino revivir una vocación aletargada, estudiar “no en pieles muertas” sino en los acontecimientos vivos de los hombres, carentes de todo, y enfrentar mi vida cómoda y aburrida

Solo pedí un año, volviendo al terminar a la Provincia de Venezuela.

Después de esta reunión con el Equipo General, se aprobó esta experiencia, entregándome dinero para los gastos de viaje e informando a mis padres que este destino era una decisión voluntaria por mi parte.

LLEGADA A BOLIVIA 1 de Febrero 1981

El 31 de enero de 1981, salía rumbo a Bolivia pasando por Brasil en las ciudades de Sao Paulo y Río de Janeiro, dos escalas forzosas para tomar el avión de líneas bolivianas que me llevaría a Santa Cruz.

La despedida del 31 de enero por la noche en casa fue desgarradora, mis hermanos con los niños cenaban en casa de mis padres, esa escena ya no se volvería a repetir, las circunstancias familiares que surgieron más tarde haría que no volvieran a hablarse, ignoraba que no vería más a mi hermano Fernando, un año menor que yo y a una sobrina de pocos meses, Irene, hija de Lourdes.

Tenía en mi corazón el dolor de la separación y la incertidumbre de este nuevo viaje, a nadie conocía allí, todo lo ignoraba respecto a las costumbres, gentes, clima... me parecía un desatino, que cuanto antes concluyese, era mejor para todos. El silencio y el dolor daban la explicación a esto.

Ya en el avión lloré de tal manera que fue un verdadero alivio, la azafata me acercó una cena especial, pues veía que no tomaba nada de lo que servían, así llegué a Río de Janeiro, primera escala de viaje para tomar un avión a Sao Paulo, con más ganas de regresar que de continuar el viaje.

El calor era insoportable, de un invierno de España, pasaba a 38° C. con una humedad asfíxica. En Sao Paulo pasé casi toda la mañana del día 1 esperando el avión que me llevaría a Santa Cruz, Bolivia. Al fin embarcamos a las 4,30 p.m. en un cuatrimotor. La calidad de pasajeros había disminuido notablemente, estos eran comerciantes minoristas, todos bolivianos, que venían cada semana a Brasil para abastecer los mercados ambulantes de Santa Cruz de la Sierra.

Estaba más tranquila y comencé a hablar con la gente. El ruido del avión se hacía insoportable e impresionaba. Volaba bajo por la selva oriental boliviana, no se veía un claro, todo verde, frondoso, parecía una alfombra mullida.

Nos anuncian la llegada al cabo de un poco más de dos horas y tomo en mis manos el pasaporte y una foto de José Antonio para reconocerlo en el aeropuerto. Bajamos del avión y caminamos por la pista como si nos apeáramos de un autobús, todo era pequeño, casi insignificante para ser un aeropuerto Internacional, ninguna sala de espera, ninguna impresión de entrar en un país nuevo, todo era sencillo, como una rutina de un pequeño pueblo. Me sellan el pasaporte y entro oficialmente en Bolivia.

A José Antonio lo distinguí perfectamente, sin mirar la foto, pues no había más que una docena de personas esperando los pasajeros, todos eran del país, nadie venía de lejos, excepto algún pasajero y yo. Mi saludo fue “Hola, José Antonio”, soy Maribel, así nos fuimos al colegio de los Maristas, dejé mi equipaje en las habitaciones que había de paso para los hermanos y charlamos hasta muy entrada la noche de la situación del país y de los pasos que tenía que hacer al día siguiente.

Ya estaba más tranquila o por lo menos no tenía el miedo a lo desconocido. El ambiente se me hizo similar al llano Venezolano, con personas pausadas y de buen humor, que no me dejaban inquieta. Sí recibí con un poco de desconcierto el no tener un lugar para quedarme, pues las religiosas que iban a alojarme en su casa ya se habían comprometido con dos hermanas norteamericanas y tendría que esperar un tiempo de momento, por pocos días me quedaría en la casa de los Maristas, después había que buscar una pensión cerca para trabajar en el Colegio y desde ahí ver el lugar más apropiado para vivir durante un año.

Al día siguiente, 2 de febrero, la situación se despejó un poco más. Fui a la Supervisión Distrital de Educación y con María Otaegui me dieron casi de inmediato la dirección de una escuela nocturna para bachilleres adultos, ubicada en la Villa 1° de Mayo, a 6 Km. del centro de la ciudad, en una barriada con caminos intransitables en días de lluvia, pues estaban sin asfaltar. Acepté de inmediato esta designación de Fe y Alegría en el centro nocturno, sin saber donde quedaba, ni las condiciones del trabajo. A la vez las cosas se complicaban y tenía que resolver lo antes posible mi estancia en el país. Bolivia llevaba 6 meses con un golpe de Estado Militar muy estricto que había llevado de una forma violenta al poder al General Luis García Meza, un militar inculto y ávido de poder y de dinero. Esta situación no permitía la estancia y menos un trabajo en una escuela estatal sin documentación en regla, para una estancia prolongada en el país y que excediera la visa de turista con la que había entrado en Bolivia. Todos estos trámites había que hacerlos en La Paz, eran costosos y demoraban tiempo, así te extorsionaban todo lo que podían a base de entregar dólares. Necesitaban sacar dinero de una forma u otra.

El día 3 estaba en la Paz, llegué a la caída del sol al Aeropuerto Del Alto a 4.500 m de altura y con una temperatura de 0° C. En dos horas escasas habían variado de una forma increíble estos dos elementos: presión y temperatura; me congelaba de frío, la cabeza me daba vueltas y tenía que darme prisa para llegar a la ciudad pues los taxis se estaban marchando y no querían coger más pasajeros, se avecinaba el toque de queda y nadie sin previo permiso podía circular por la calle, tomé la dirección que me dieron en Fe y Alegría y me encaminé a la Paz...

Así con frío, con hambre y con un dolor intenso de cabeza a causa de la altura, llegué a la dirección que me habían dado en Santa Cruz para hospedarme. El taxi se marchó rápidamente y me quedé parada ante un edificio antiguo y poco cuidado, llamé al timbre y una anciana, casi gruñendo, me abrió la puerta, se iba ya para su casa y yo le retrasaba la partida, su función era darnos a las hermanas que veníamos de paso una llave e indicarnos la habitación, casi no me dio explicaciones, subimos unas empinadas escaleras hasta el 3° piso, que casi me deja sin respiración, ya que a estas alturas estos esfuerzos se duplican. Me entregó la llave del cuarto y me ví en un caserón viejo sola, habilitado para huéspedes.

Entré en mi cuarto, encendí una luz mortecina, olía a poca limpieza y a rancio. No ví cocina y mucho menos nada para cenar. Inspeccioné la casa y todo eran habitaciones cerradas.

Había un baño común al final del pasillo, tenía lo imprescindible, estaba amarillento y enmohecido por el paso del tiempo y del poco cuidado.

Decidí acostarme de lo cansada que estaba, ni pensé, ni lloré, si escuché con miedo ráfagas de tiros al aire, nos avisaban así los militares, durante una hora, que eran los dueños del país, a partir de esta hora, hasta las 7 de la mañana, no se podía salir sin salvoconducto.

El sol radiante de estas alturas entró por la ventana con toda su fuerza en el cuarto, me alegré de que amaneciera, después del sobresalto que había tenido durante la noche no dejándome descansar tranquila, Con la luz del día me di cuenta que en la habitación no había nada, así que decidí dejar la ropa en la mochila. En el baño común, un papel sin renovar desde hace tiempo anunciaba el precio de la habitación: 15 pesos diarios (unas 70 pts) y que las comidas se hacían por cuenta propia, esto último me recordó que no tenía nada en el estómago desde hacía más de 12 horas, así que me lancé con la mochila a las calles empinadas de La Paz, con las direcciones y el dinero que tenía, guardando todo en una cartera de cuero que colgaba al cuello, metiéndola debajo de jersey, así iba tranquila de robos.

Me costó buscar un sitio para desayunar, no había cafeterías, eran tiendas mixtas de comestibles, bebidas, bisutería y multitud de cosas en cantidades pequeñas, para vender. Para el

desayuno no había mucho que escoger, compré unas galletas y un bote de leche condensada, no tenían pan, ni me explicaron dónde podía conseguirlo, así que allí mismo me sirvieron una taza grande y despostillada de café aguado y muy negro, así prepare el desayuno; después fui observando que la gente tomaba frituras que hacían en las calles y olía a manteca que apestaba, esa parece que era su costumbre, mote y salteñas.

No puedo referir tantos detalles de esta primera semana en La Paz, son infinidad de sorpresas de alguien que va sola a un país desconocido, sin saber costumbres, sin un lenguaje apropiado para que la comprendan y comprender.

Mi estado de ánimo no lo recuerdo con precisión, estaba tranquila, es imborrable la sensación de soledad que me rodeaba, la distancia que me separaba de cualquier persona conocida y familiar, con la sensación de llegar a la noche con los ojos cargados de “rostros” y acontecimientos nuevos, sin poder comentarlos con nadie, hablando solo en las ventanillas de las oficinas, mal comer en las plazas llenas de indígenas del altiplano, mudos al sol y masticando hojas de coca.

Todo me atraía y enseñaba.

Me propuse con empeño sacar los papeles de estancia en el país y hacerme residente. Traía 500 \$ USA, para los comienzos, mientras me asentaba y tenía algún sueldo. Los trámites de los papeles y demás me salio por el valor de más de 300 \$ USA, así que con el viaje desde Santa Cruz a La Paz y demás gastos, me quedé casi sin nada, sólo en la primera semana.

Regresaba a Santa Cruz contenta, había conseguido hacerme con la residencia en el país, carnet de identidad y permiso para trabajar en una escuela estatal. Cada cosa de estas por separada llevaba más de un año conseguirlo, pues los trámites son muy lentos y también hay que invertir más dinero del que yo había gastado. Así que en estas circunstancias de “suerte” y siendo tan desconocida en el terreno, me afirmó como un paso del Jordán, el Señor se había empeñado conmigo en esta locura.

Mi ánimo se mantenía más seguro y confiado, aunque me esperaba la inseguridad de la vivienda, pero ya estaba seguro el trabajo, que no era poco en el momento que me quedaba sin dinero en el país.

En Santa Cruz se concretizó el puesto de trabajo en la nocturna de la Villa 1° de Mayo, era una barriada algo alejada del centro de la ciudad, pero vivían allí y trabajaban en el Instituto Secular Cruzadas Evangélicas, españolas, que llevaban la escuela mañana y tarde y un Micro hospital. Me puse en contacto con ellas nada más llegar, ya José Antonio les había expuesto mi caso, y no hubo ningún inconveniente para quedarme allí como residencia; haría el número cinco de este grupo reducido que estaba en un barrio de más de 50.000 habitantes, una escuela de 2.700 alumnos y estaba construyéndose el Hospital Materno-Infantil, todo estaba iniciándose, pero en pleno funcionamiento. Había muchísimo trabajo.

Desde el primer momento me encontré muy a gusto con el grupo, me veía necesaria y el trato, aunque algo distante, era confiado, estaba entre españolas y eso era un buen punto.

Mi vida en los primeros meses transcurría de la siguiente manera. En las mañanas tomaba un autobús o un camión, atestado de gente y desvencijado. Me levantaba a las 5 y media de la mañana para llegar las 7 a.m. al colegio de los Maristas, los caminos eran y siguen siendo ruinosos y en días de lluvia, íbamos como en un verdadero río. Los medios de transporte a esas horas de la mañana, en la que se desplazaba todo el mundo al centro de la ciudad para sus trabajos, estaban atestados y no se podía ni siquiera poner los dos pies en el suelo, eso si no se estropeaba el motor o se pinchaba una rueda, pues de todo había que esperar en vehículos tan deshechos.

La mañana la pasaba en los Maristas, en un buen colegio de “niños bien”, daba religión en la primera etapa de bachiller, que compartía con una teresiana de Poveda. Este fue el medio económico que me mantuvo, recibiendo por este trabajo 3.000 pesos, equivalente a 15.000 pesetas. Para el nivel de vida de allí y los gastos que tenía que afrontar era suficiente, aunque no muy amplio, una pensión completa era de 1.500 pesos, yo a las Cruzadas les entregaba mensualmente 2.000 pesos por la estancia y me quedaba con 1.000 para mis gastos.

A mediodía regresaba a la casa a comer y por la tarde ayudaba en el hospital, como no entendía nada de estos menesteres, aprendí observando los primeros auxilios, partos y lo que se

presentaba más sencillo. María Luz, ginecóloga, que llevaba el hospital, vio en mí resolución para emprender cualquier cosa y me encargaron de los Centros de Madres, lo hacía dos días por semana en las tardes. Por las noches iba a la nocturna y dirigía el Centro de adultos en su última etapa de estudios.

Los Centros de Madres fueron una de las actividades que tomé desde el primer momento con mucho interés, desde ellos palpé la realidad del país como en ninguna otra actividad. Son reuniones que se hacen semanalmente con un grupo de mujeres del barrio, en su mayoría analfabetas y con escasos recursos. En estos Centros de Promoción de la Mujer se imparten clases de corte, costura, cocina, agricultura, alfabetización..., no son clases teóricas, sino prácticas. En estos grupos se relacionan y tienen una entidad en el barrio. Cuando empecé a llevarlos en la Villa 1° de Mayo, no tenía ni idea cómo funcionaban, ni las Cruzadas tenían mucho tiempo para explicarlo. Las primeras mujeres con las que formé el grupo, venían descalzas, sucias, con los niños colgados a la espalda en un quepi, desaliñadas. Había sillas pero se sentaban en el suelo, fuera del local, era su costumbre estar al nivel de la tierra. Me costó mucho entenderlas cuando hablaban un castellano mezclado con su lengua nativa quechua o aimará, cuando no el guaraní, dependiendo de la zona donde procedían. Solían venir de otras zonas más pobres a Santa Cruz, por ser el lugar más prospero de la Nación.

Entre ellas y con sus hijos no utilizaban el castellano y por eso les resultaba difícil darse a entender con nosotras, cuando me decían algo ponía los cinco sentidos para poder comprenderlas.

Me encontraba muy a gusto con estas mujeres, era algo nuevo lo que me empeñaba en aprender. Les pasaba lista, como en una clase formal para exigir su asistencia, pues la inconstancia en un principio era algo temible. Elegían su presidenta y tesorera, tenían un fondo común para comprar utensilios de cocina, labores y costura o lo que necesitaban. A fin de mes se tenía un bono compensatorio por el trabajo y la asistencia, que se traducía en una porción de víveres que nos entregaba Caritas.

Estas mujeres, que nada más nacer se las contabilizaba por su mano de obra, que algunas habían sobrevivido a sus hermanos por tener la suerte de ser recogidas por alguien como "mucamas", tenían una vida difícil. Este término "mucamas", es el nombre que se da a las niñas, especialmente niñas, que recoge una familia, pobre también, pero con más recursos y así estaban a su servicio, a cambio se les da la alimentación y en algunos casos una instrucción básica muy deficiente. Desde pequeñas en estos trabajos ya saben cocinar, lavar, atender niños pequeños... también reciben buenas palizas si algo les sale mal o si pierde o rompen cualquier cosa; esto sin contar que antes de ser mujeres su cuerpo es reiteradamente violado por jóvenes y hombres de la casa, en presencia de todos, pues el cuarto y la cama se comparten en común. Así sin pasar de la niñez, cuando su cuerpo se desarrolla, son madres, tienen el primer hijo, el segundo, el tercero... Más tarde se juntan al hombre de turno para que las mantenga a ellas y a sus hijos, pasan así de mucama de una familia a mucama de un hombre que a cambio de un nuevo embarazo la mantenga.

Las mujeres forman un auténtico matriarcado, la madre es el único centro del hogar, en ella está la casa, el cariño, el amor, el cuidado, la supervivencia. Los hijos desconocen la figura del padre y si lo tienen, es un aporte muy negativo.

Aceptando pasivamente este destino, sin vislumbrar otro diferente, están aquí todas reunidas, cuchicheando entre ellas, apenas sin levantar la voz. Con 22 años, unas más, otras, menos, todas estropeadas, sin dientes, con arrugas prematuras en sus caras curtidas por el sol y el trabajo duro desde los primeros años, no hace falta preguntar mucho sobre su historia, todas la tienen reflejada en sus rostros.

Reían, hablaban como niñas, era un buen rato aquel que pasábamos juntas todas las semanas, un respiro en su rutina diaria. Preparábamos frituras hechas con harina y manteca, lo tomábamos con una taza de té, charlábamos... Al final, alguna que otra cada día te tomaba aparte y con su hijo colgado a la espalda, lloraba sin consuelo, o bien porque había recibido una buena paliza el día anterior de su hombre, completamente borracho, o por no tener dinero ni comida para preparar algo a sus hijos esa misma noche, o cualquier desastre desgarrador y urgente que vivían en

cada momento y sin saber a quien recurrir; en estas situaciones se les iba la vida de sus hijos más pequeños, que morían de desnutrición prolongada o de enfermedades nunca curadas y contraídas continuamente.

La muerte y la vida, dos realidades que vivían a diario estas mujeres sin hacer dramática su existencia, aceptándolo pasivamente. Me decían: “madrecita siempre ha sido así” y con esta respuesta sobrevivían y esperaban agradecidas cualquier migaja de otras manos.

Esta es la realidad presente en Bolivia, no redimida, que arrastra de un pasado y que está ahí mirando al furo, que para estos ojos cansados de tener lo mismo día tras día, no tiene cambio, su destino es así nada más nacer y agradecen “el milagro de la vida” como nadie, que lo gozan desde lo más hondo y no lo saben expresar con palabras vacías, soportan su destino sin saber de otras latitudes de la tierra donde la gente despilfarra, sin saciar nunca un afán de comodidad, que ellas ni imaginan.

Así, con calma, con tiempo, todo iba calando en mi interior, no sé como dejé de pensar en mi regreso a España, ni ansiar estar en una comunidad nuestra, para mí esta forma de vida era como un libro apasionante que comenzaba a leer, cada página, cada día una enseñanza viva, una vergüenza para mis sufrimientos pequeños y mezquinos, solo deseaba dar este tiempo de mi vida, aunque fuera mediocre, y agradecer infinitamente al Señor lo que representaban estos retos que me hacían sufrir y me sacaban de mi pequeño mundo. Un gozo lleno de paz me inundaba, lo sentía como algo que me rodeaba por fuera y tocaba muy dentro, aunque débilmente, no lo sabía aún rumiar en mi interior en ratos de silencio y oración, esto no llegó aún con la fuerza que irrumpió más tarde.

La estancia en Bolivia en estos primeros años fue haciendo paulatinamente y desde fuera, viendo la vida de estas gentes, un cambio con la misma inquietud que comenzó en Lima y que aquí se cristalizaba día a día, con un impulso irresistible trabajaba sin cansarme, todo me parecía poco para poder aportar un mejor nivel de vida a estas gentes, era un panorama que no podía ni quería dejar atrás.

La grandeza de esta gente, saltó a mi vista desde un primer momento. Estos “hijos predilectos de Dios”, en su pobreza, en su sufrimiento, en su rudeza... vivían y tenían a Dios como Padre. En esta carencia de lo más necesario, eran pacíficos, amables, disfrutaban de la vida y de lo que les daba en cada momento. Seres agradecidos, bondadosos, que te abrían el corazón y te querían nada más verte, que no se quejaban demasiado de sus miserias. Esta fue mi “escuela”, ellos me enseñaron en el libro abierto de la vida, me cambiaron pausadamente, lentamente, pero de verdad, como son ellos.

DIRECCIÓN DE LA NOCTURNA – clases de adultos-

A las 6 de la tarde preparaba el cuaderno de registro y me dirigía a la escuela, a esa hora comenzaba la nocturna, la última etapa de bachiller para adultos.

Cuando me entregaron la Dirección estaba aún el puesto de trabajo con el nombre del director anterior, que no conocí nunca en el centro, pero él cobró el sueldo casi todo el año y yo llevé el trabajo, no sé como había pasado este tal Sr. Flores por el cargo de Director que tenía desde hacía un año, pues en la nocturna no había ningún archivo, ni registro de alumnos, ni de profesores, ni siquiera el acta de fundación tan importante en un centro, en fin solo existía con nombre en la Jefatura Distrital de Educación.

La primera tarde esperé más de 2 horas y no se presentaba nadie, fueron llegando menos de una docena de alumnos que no se atrevían a inscribirse por temor a que no asistiera ningún profesor como fue el año anterior. Así que me decidí a hacer la matrícula sin cobrar nada. El problema más inmediato era que no hizo acto de presencia ningún profesor de los ya asignados en los primeros meses del curso. Inspeccioné lo que pude en la Supervisión Distrital de Educación y averigüé que tenía una plantilla de 18 profesores, secretario y director, que cobraban sus haberes desde hacía un año y por supuesto lo seguían percibiendo. El centro estaba registrado con 180 alumnos inscritos ya

para este año, en cuatro cursos de nivel superior. La realidad era que no tenía más que 18 alumnos desperdigados y diseminados que no asistían nunca a clase, pues los profesores amparados y tapados por el director, que hacía lo mismo, no iban nunca. Consiguieron sus calificaciones finales pagando una cantidad de 100 pesos, ante 15 pesos que costaba la matrícula, es decir todo un chantaje.

Expuse esta situación y me dijeron que lo hiciera por escrito con mi firma y sello de la Dirección. Esta carta resultó ser una denuncia que cayó sobre el director actual, es decir sobre mi persona, tuve que pagar una multa y casi me vuela el puesto de trabajo. Me hizo ver el mundo de trampas y malas intenciones que se cernía alrededor de los ITEMS del Gobierno.

Todos se peleaban para tener un sueldo, pero jamás ejercían como profesores o lo disimulaban con grandes ausencias. Era sabido desde las altas esferas, a sueldo ínfimo no cumplimiento, de esta manera los centros escolares se convertían en fantasmas, no existían más que de nombre.

En resumen, lo que manifesté, no era más que una parte de la gran trampa de la que vive esta parte del país burocrático. Era algo a silenciar, no a declarar, y sus leyes ya estaban arregladas de antemano para caer sobre el que denunciaba esta situación de lucro fácil y deshonesto.

Tenía claro que mi misión era sacar adelante esta nocturna, con el trabajo e incluso poniendo parte del sueldo que ganaba en los Maristas. De esta manera me decidí a “fundar” de nuevo una nocturna que nunca funcionó. Les hablé a los alumnos con claridad, eran todos mayores de 16 años y algunos con hijos. Impartía las clases mientras mandaban nuevos profesores, al mismo tiempo los sábados preparaba con un grupo de alumnos voluntarios el material de trabajo para toda la semana a modo de fichas, ellos después lo explicaban y hacían de guías, cada uno con un grupo, mientras yo iba pasando por los cursos y daba los temas más amplios. Todo esto sin programa, sin material impreso y solo con un mes en Bolivia, aparte de esto, se sumaba que la escuela estaba destrozada, las puertas no cerraban, nadie lo cuidaba por las noches y así era guarida de perros y de borrachos o de alguna pareja que no tenía lugar más apropiado para hacer el amor. Los pupitres apenas servían y para colmo nocturna y sin luz.

Trabajamos los primeros meses intensamente, compré el material más imprescindible y lo que me alcanzaba con el poco dinero de que disponía. Un alumno que trabajaba como cuidador de noche en un almacén, robó unos tubos fluorescentes, pusimos la instalación y así funcionó por la noche.

Por supuesto que todo se hacía muy regular y casi mal, pero era el resultado del esfuerzo donde hay pobreza e impotencia para hacerlo de otra manera. Todos poníamos lo poco que teníamos y así funcionó la escuela nocturna.

Al finalizar el año escolar salieron promocionados los primeros bachilleres, 12 en total, con más de 180 alumnos repartidos en los diferentes cursos, con 8 profesores y una asistencia regularizada. Yo cobré el primer sueldo por el trabajo de todo el año en la escuela por un total de 6.000 pesos bolivianos que no ascendían a 1.000 pesetas. Con este dinero me compré una radio de 8 bandas.

Este turno nocturno se regularizó, aumentando el número de alumnos y profesores y también se implementó con una escuela técnica y alfabetización de adultos que continua y se incrementa.

Con el tiempo lo dejé en manos de un director de los que están preparados en Fe y Alegría, para dedicarme a la coordinación de todo el Centro.

VILLA 1° DE MAYO

Este era el nombre del barrio donde comencé estas primeras andanzas.

Todas las cosas crecen y se mejoran a lo largo del tiempo y más en estos barrios jóvenes de asentamiento fácil, se les ve cambiar, aunque este cambio no pasa de una supervivencia, pues dependen de un salario muy escaso cuando lo perciben, dándose por satisfechos al levantar una

choza de paja y tablas usadas o un cuartito de ladrillos sin revocar, la mayoría de sus casas no tienen más que una estancia, todo lo demás lo hacen fuera, al aire libre.

Cuatro años iba a pasar en este lugar. La vida con el grupo de Cruzadas Evangélicas iba a transcurrir en un principio sin complicaciones, pero sí con aumento de trabajo y responsabilidades en los diferentes campos que abarcaban, promoción de la mujer, educación y salud.

Como dije anteriormente, era el número cinco en este pequeño grupo de “señoritas” como querían que se las llamara, pues era un Instituto Secular. Yo era la más joven. Desde aquí conocí los distintos territorios de la geografía de Bolivia: Cochabamba, Sucre, Potosí, Oruro y en la selva amazónica las primitivas reducciones jesuíticas que ahora llevaban los franciscanos alemanes, el lago Titicaca... Estos recorridos los hacía la mayor parte por tierra, lentos e inseguros, pues no se sabía a qué hora del día o de la noche se llegaba al destino. Atravesé comarcas enteras, en un día pasaba de 400 m a nivel del mar a 3.800 m.; de unas tierras húmedas con temperaturas infernales, a bajo cero con una tierra áspera y seca, desértica y gélida en su mayoría. Sus gentes, sus montañas, sus valles, sus lagos, se presentaban a mis ojos como un mundo nuevo y desconocido, pero muy querido.

Desde el comienzo fue una novedad convivir con un grupo de estas características, la vida con estas misioneras era sencilla, me di cuenta que eran diferentes en su forma de vida y de trabajo a una comunidad religiosa. Como nunca he tenido muy marcado, en mi forma de ser, estos hábitos de comunidad, me entendí muy bien con ellas.

Se rezaba Laudes por la mañana, la misa no era diaria y siempre era fuera de nuestra casa, aunque se tenía capilla. Todo lo demás cada una se lo organizaba, no teníamos tampoco un trabajo común, pero sí se cuidaba la convivencia y eran exquisitas en el trato. Tuvimos una confianza mutua desde el primer momento. La distancia que tenía con la Congregación que aunque se quisiera era un poco difícil el podernos comunicar por lo costoso de las llamadas telefónicas y por la tardanza de las cartas, se suplió de alguna manera, aun así nunca dejé de estar en contacto y las hermanas en su medida estaban pendientes de mí.

En el primer año las hermanas de Venezuela (provincia a la que pertenecía) me invitaron a pasar las vacaciones de Navidad y Asamblea con ellas, me sentí muy apoyada y más tarde me mandaron dinero para construir 5 aulas de ladrillo y cemento en el Centro de Fe y Alegría 1º de Mayo.

Después de 3 años de permanecer aquí, desde Madrid se vio la posibilidad de venir la Congregación a Bolivia, desde esta perspectiva me permitieron continuar y el año que traía se convertiría en 6 años, antes de asentarse aquí la primera comunidad.

AÑO 1983 – LA CONGREGACIÓN PIENSA EN BOLIVIA

A comienzos de este año, el Equipo General: Ángeles Lecumberri, Pino León y Pino Batista, viajaban hacia América para llevar a cabo la visita Canónica a las provincias de Chile y Venezuela.

Desde un comienzo pensaron en la posibilidad de quedarse la Congregación en Bolivia, apoyadas en el conocimiento que se tenía del país, pues estadísticamente da las cifras más bajas de América Latina respecto a pobreza, mortandad infantil, analfabetismo, nivel per cápita, estábamos los segundos después de Haití. Mi estancia en Bolivia de casi 3 años, y la opción preferencial por los pobres que se había hecho en el Capítulo General anterior, dieron pie a que fuera una realidad y así se juntaba un deseo muy querido con una realidad que esperaba.

Para este fin vino Pino León a estar unos meses en Bolivia conmigo, mientras el Consejo recorría las otras casas de las Provincias de Chile y Venezuela, de esta manera se concretarían las posibilidades de una fundación.

Pino me escribió una carta que me llegó las vísperas de viajar a Santa Cruz, en ella me indicaba que le buscara un trabajo, la estancia sería junto conmigo en las Cruzadas, todo esto lo tuve que hacer precipitadamente pues no daba tiempo a más consultas.

Después de 4 meses de la estancia de Pino en Bolivia, vinieron Ángeles Lecumberri y Pino Batista para pasar unos días y ver sobre el terreno con qué se contaba para la próxima fundación.

A finales de julio estaban en La Paz y fuimos a ver Huanuni. Pino había visto la posibilidad de trabajar aquí con los Oblatos, al que pertenecía Gregorio Iriarte y con el cual conectó desde el principio, tenían diversos trabajos en esta zona minera, ahora poco próspera y la población se diseminaba en otros lugares del país, preferentemente al oriente boliviano donde se encontraba Santa Cruz, la vida allí daba más oportunidades.

Los Oblatos tenían aquí una presencia en campos de las parroquias, promoción del mundo minero apoyando la participación sindical. No se iba a tener una obra propia de la Congregación, sino una colaboración con ellos, no se percibirían sueldos, pues no era un trabajo remunerado, pero se viviría con la aportación del Obispado de Oruro y sobretodo con ayudas procedentes de los Oblatos. No se puso ninguna objeción a la fundación en Huanuni, pero yo indiqué mis temores personales, no veía claro un trabajo de este tipo, personalmente estaba más preparada para la Educación y pensaba que la Congregación también, ya tenía un campo labrado en Bolivia, para esto veía grandes posibilidades en Fe y Alegría, primero porque la Educación era una de las primacías en este país con un 60% de analfabetos, podíamos dedicarnos completamente a las clases populares más desfavorecidas y sin ningún problema económico, la Congregación en principio no tenía que aportar nada ni para construcciones ni para mantenimiento de las hermanas. Fe y Alegría tenía un convenio con el Estado y trabajamos directamente con la enseñanza estatal en los puestos directivos, sin preocupaciones de sueldos de profesores y con libertad para llevar nuestros objetivos, esta es una de las Naciones de América en las que ha conseguido Fe y Alegría tener esta ventaja. Sin descartar Huanuni, esta situación que les expuse ayudó a ver posibilidades en Santa Cruz.

Dos días antes de irse las hermanas para Madrid vinieron a Santa Cruz y pudieron comprobar la situación con las posibilidades reales.

ANTECEDENTES DE LA FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ –PLAN 3.000-

Febrero de 1983, en este mismo año que vino el Consejo General a Bolivia, la inundación del río Piraí a causas de las fuertes lluvias torrenciales que asolaron a esta zona, dejaron sin casa y sin recursos a muchas familias que vivían a las orillas de este río que pasa por Santa Cruz de la Sierra, incluso perdieron muchos de ellos alguno de sus familiares. Estos eran damnificados del Plan 3.000, como lo llamaron desde un principio por la multitud de personas que quedaron sin nada y por las ayudas recibidas. Desde un principio los ubicaron en esta zona selvática a 8 Km. de Santa Cruz, el ayuntamiento compró y desapropió los terrenos de latifundistas y creó la infraestructura.

En estos momentos todo era confusión, se almacenaban las familias en chozas, carpas, cartones debajo de los árboles y seguían perdiendo a sus hijos por falta de alimentación y de higiene. Este campamento de damnificados era una auténtica desolación, no tenían agua, ni luz, ni caminos. Todo se llenaba de camiones en desorden, las ayudas extranjeras se multiplicaban, pero era difícil que llegara a su destino, la mala administración y desorganización en el mismo lugar del reparto, hizo que no se resolviera a su debido tiempo todas las emergencias que pasaba día tras día este pueblo a la intemperie.

La iglesia se volcó en lo que pudo y muchas de las aportaciones extranjeras fueron administradas por ella. La C.B.R. (Conferencia Boliviana de Religiosos) se hizo cargo de canalizar estas ayudas y desde un principio se pensó en destinar algunos de los recursos a largo plazo, atendidas primero las necesidades del momento se destinaría a un Centro de Salud y a una Unidad Escolar.

La administración del Hospital se la propusieron a las Hijas de la Caridad y el Centro Educativo Fe y Alegría a las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia, pues sabían que estábamos buscando un lugar para la fundación. De esta manera se unió un deseo de la Congregación a una gran necesidad en esta zona del Plan 3.000, más tarde Villa Andrés Ibáñez.

Los días que estuvo aquí Ángeles Lecumberri con el Consejo, se entrevistaron con el Departamento de Fe y Alegría. María Otaegui, Jesuitina, y el P. José Oriol J.S nos propusieron esta fundación. Conmigo ya lo habían hablado y me pareció un regalo.

No pudieron hablar con el obispo por no encontrarse en Santa Cruz.

Después de 5 días de estancia en Bolivia, Ángeles Lecumberri, Pino Batista y Pino León regresaban a España.

De nuevo me quedaba sola en Bolivia, en espera de la aprobación que llegaría desde España para la fundación de estas dos casas, una en Huanuni y otra en Santa Cruz, todo iba a depender en gran parte de las hermanas que estuvieran dispuestas a venir, el Consejo se fue con gran ánimo y deseos de hacer realidad esta fundación. De lo contrario quedaba la gran incógnita de mi permanencia en Bolivia.

FUNDACIÓN DE LAS DOMINICAS MSF EN BOLIVIA

Era el 15 de octubre de 1983, cuando recibí una llamada telefónica de Ángeles Lecumberri diciéndome que se habían aprobado las dos casas en Bolivia, una en Huanuni donde irían Pino León, Tere Gómez y Tere Murillo, y, otra, en Santa Cruz de la Sierra. A esta última estaban designadas Haydée Grimaldo y una hermana de Canarias, de esta ya me comunicarían el nombre cuando la decisión estuviera hecha, estas hermanas estarían conmigo.

La noticia la recibí con temor, Ángeles me lo notó en el mismo teléfono, le dije que la fundación en Bolivia y concretamente la de Santa Cruz era de la Congregación y no algo personal, que no lo hicieran por mí, a esto asintió y me dijo que era decisión del Equipo General, que si estaba dispuesta a colaborar, porque de lo contrario la situación sería muy distinta. Mi contestación fue: sí.

A partir de esta fecha la situación cambió completamente, vivía y trabajaba con las mismas personas, pero una nueva responsabilidad surgía, tenía que comenzar algo que no sabía ni por donde empezar, tener una casa para la comunidad, organizar el lugar de trabajo y hacer posesión de la nueva escuela, dinero para montar todo esto...

El primer viaje fue a Huanuni, para ver en que casa se quedarían las hermanas mientras compraba una el obispo y se acomodara. Faltaba 4 meses para su llegada.

Después de dos días de viaje, llegué a Huanuni, estaba el cielo completamente encapotado por la tormenta que se avecinaba, que en el altiplano eran terroríficas, ni un árbol que recogiera los rayos, dura y seca con un ruido ensordecedor en un principio, torrencial después, con una duración infinita. Caía el agua a raudales por los caminos sin asfaltar, convirtiéndose en ríos desbordados, el autobús que nos transportaba iba como una barca, sin saber en que piedra o en que hoyo ponía la rueda. En fin un trayecto de una hora lo hicimos en dos horas largas. Cuando llegué me dirigí a la parroquia, pues la casa parroquial iba a quedar libre esos días, el sacerdote boliviano que la llevaba lo trasladaban a Cochabamba. El obispo había decidido que de momento esta casa quedara para las hermanas Dominicanas.

En Oruro se podía disponer de la estancia con las Cruzadas de la Iglesia, esto sería muy útil tener un respiro desde Huanuni, para comprar y abastecerse de lo que no podrían conseguir en este lugar, cerca de aquí también estaban las Dominicanas Misioneras del Rosario, en Toledo, muy diferente al de España, por supuesto.

Una vez en la Parroquia me dirigí a la sacristía, estaba totalmente oscura por el día encapotado y falta de luz eléctrica. Me recibió un hombre de mediana edad, maltrecho, con muletas incorporadas desde hacía mucho tiempo, era el sacristán. Me dio las explicaciones adecuadas de todo, incluso de lo que no le preguntaba. El párroco estaba diciendo "misas" hacía más de una hora y me tocó esperarlo media hora más. En el registro de "misas de difuntos" vi encargadas una lista inacabable de 7 a 9 de la mañana, cada cuarto de hora era una misa a comenzar por un difunto distinto, por esta razón no se separaba del altar e iba una detrás de otra. Le hacía competencia un

indígena que a la puerta de la iglesia rezaba unos responsos en un latín ininteligible, sacando así su jornal diario.

Con la luz mortecina que entraba por un ventanuco de la sacristía, alcancé a ver la suciedad acumulada en las paredes sin pintar desde hacía tiempo, el piso medio ruinoso con alguna baldosa que quedaba de vez en cuando, mal barrido y ese olor penetrante y típico de los indios del altiplano. Esperé pacientemente la salida del párroco, después de su infinidad de responsos. Me invitó a un café en la parte de arriba, dónde tenía la casa, la que iba a ser de momento para las hermanas. Le agradecí el gesto, pues tenía un frío tan terrible que no sentía ni los pies. Subimos una escalera estrecha de madera que crujía a cada paso y con más falta de luz aun que la sacristía, le seguí hasta entrar en la sala, todo era viejísimo, con polvo y suciedad impregnada de siglos, me mostró la cocina que se podía ver desde la sala, no pude adivinar qué era aquello, la cocina de gas sin encajar en ninguna parte y sin poder adivinar qué color tendría en un principio pues a base de grasas acumuladas unas encima de otras, era imposible, unos estantes oscuros tenían los pocos cacharros que se usaban, al lado sin salir del recinto, una habitación sin ventanas con una cama vieja en el medio, un armario medio destartado y una bombilla amarillenta que colgaba de un cable, no me enseñó más y no vi más puertas.

Nos sentamos a tomar el café en unas tazas enmohecidas por el uso y poca limpieza, ante el frío, me tomé ese café aguado que acompañó con un pan de días anteriores.

Le pedí me enseñara el baño, pues tenía necesidad después de tanto tiempo de viaje y para ver algo tan imprescindible; al comprobar en que estado estaba la casa, ya me temía como podría ser el baño. Me indicó que estaba a la entrada de la calle junto a la sacristía, era un baño semipúblico. Bajé de nuevo las escaleras y abrí la puerta que me indicaron y me encontré con una “cueva”, las paredes de barro estaban negras, el piso oscuro no dejaba ver si había alguna baldosa debajo y en un rincón solamente estaba un retrete despostillado, sin color y todo manchado, anunciaba que tenías que hacer tus necesidades casi de pie, sin tocar lo más mínimo. No había vertedero de aguas fecales. Un río nauseabundo, apenas sin agua, recogía directamente y al aire los excrementos de las casas que tenían este “lujo” de baño, se veía claramente que el resto lo hacía en las calles.

Me sobrecogí de la impresión que se iban a llevar las hermanas. ¿Cómo vivirían aquí?

El resto del pueblo casi no lo pude apreciar este día, llovía a mares, sin parar y tenía que darme prisa para regresar lo antes posible, las lluvias aumentaban el caudal de los ríos y como no existía un solo puente, los autobuses lo atravesaban con el agua cubriendo las ruedas, pero a más altura corría el peligro de volcar y ser arrastrado por las corrientes feroces de esas aguas que arrastraban piedras desde las montañas.

Si percibí un pueblo de color gris, como el mineral que guarda en sus ricas minas de estaño. Hombres pequeños, morenos, casi negros, de miradas fijas y penetrantes, con largos silencios, niños que observaban todo de lejos, manteniendo siempre una distancia. Las casas estaban construidas en las laderas de los cerros empinadas, casi cayéndose, sin calles, con caminos empedrados y corriendo por en medio todos los deshechos que tiraban. Esta ubicación hacía una subida difícil que a estas alturas de 4.000 m. dejaba los pulmones sin aire.

El agua seguía cayendo sin parar y a raudales, me metí en el único autobús que esperaba con vacilación el salir en estas condiciones. Solo se animó cuando en el espacio de una hora, gente silenciosa y taciturna iba ocupando los puestos, las mujeres estaban cargadas con sus quepis, manta a modo de bolso grande que cargan a la espalda hasta los topes. Las ganancias del viaje no se podían perder y comenzó la salida.

Eran las 12 del mediodía, pero los negros nubarrones cargados de agua, hacían pensar que estaba oscureciendo para caer la noche. El autobús, deshecho de tan duros viajes y en el que no se veía rastro de reparar nada que se estropeará, dejaba entrar entre las ventanas tanta agua como caía fuera. Íbamos todos empapados y con la incertidumbre de poder pasar los ríos, que a cada momento aumentaban en un caudal imprevisible.

Llegamos al primer río, venía con tanta fuerza que se oía el ruido de las piedras. Se apagó el motor del autobús y todo me sabía a agua. Un indígena sabio en estos menesteres, aguzó el oído

cerca de la corriente y tiró unas piedras para calcular su profundidad, lo repitió varias veces e indicó al chofer el lugar más apropiado para pasar, a mí se me paralizó el cuerpo, veía volcado este armatoste viejo en el río. Nadie hablaba, pero sentí que no tenían miedo, solamente yo que veía los elementos confabulados y me faltaba la confianza ciega que depositan los indios del altiplano en su gente entendida, para ellos el que conoce la naturaleza, nunca falla. Así pasamos el río, no quería ni mirar, para mí que el agua llegaba hasta las ventanillas, tardamos un largo rato o me lo pareció.

Una vez en Oruro, hablé con el obispo, por si podía hacer una reforma o mejora de la casa antes de que vinieran las hermanas, como pintarla y poner un baño nuevo con ducha.

Con esta visita me despedía hasta mediados de febrero.

La vuelta la hice por tierra y pasé por Potosí, las minas de plata de su “Cerro Rico” hicieron de la ciudad un mito para los españoles. Hoy es una ciudad colonial muy mal conservada a pesar de los monumentos históricos que aun se mantienen en pie.

FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA – PLAN 3.000 –

De regreso a Santa Cruz quedaba por finalizar el año escolar en la Villa 1° de Mayo con las Cruzadas, e ir viendo la posibilidad de la vivienda y el trabajo para la comunidad.

Si en Huanuni estaba deprimente la situación, en el Plan 3.000 era imposible el poder vivir en estos momentos. En esa gran explanada de más de 3 Km cuadrados, donde habían llevado a los damnificados, estaban aun desmontando “la selva”, la gente se apiñaba en los claros en que habían quitado la maleza, de esta manera se iban asentando las familias que necesitaban tan poco para sobrevivir, sin agua, sin luz, sin caminos, sin casa. Dormían en cobijos hechos con ramas y cartones. El agua la traían en una cisterna a una hora determinada y los niños y mujeres iban y venían con sus latas.

La vida de esta población en los primeros meses de asentamiento era semejante a un hormiguero, que apaciguado por la noche, salían todas las mañanas hasta la caída del sol, detrás de los camiones que transportaban los víveres que mandaron desde el extranjero para esta emergencia. Allí se debatían todos para que les llegara harina, leche en polvo, ropa, medicinas...

Los terrenos para las viviendas estaban aun sin entregar y por supuesto no era en estas condiciones una emergencia de primer orden una escuela.

Algunas tardes, cuando las otras obligaciones me lo permitían, iba con el equipo de salud para ayudar a repartir medicinas, ropa, alimentos, era difícil hacerlo llegar a todos, veía las necesidades tan urgentes de familias enteras a la intemperie, hacinadas en este campo abrasador, que cuando llovía torrencialmente tenían las mismas inundaciones que habían dejado a la orilla del río Pirai.

Desde un principio pensé en un Centro escolar y reunía a los niños y jóvenes iniciando unas incipientes clases con juegos y cantos.

SITUACIÓN DE BOLIVIA EN EL AÑO 1984

Siles Zuazo, presidente civil y elegido por el pueblo, estaba al frente de la Nación. Cada día nos empobrecíamos más, se tenía a la espalda una deuda externa superior a las posibilidades de pago y había que atenderla por encima de las necesidades del pueblo, de otra forma no se recibían más créditos del Fondo Internacional.

Bolivia desde siempre ha padecido una gran dificultad en la estabilidad política que iba de la mano con la económica y acarreaba las dificultades que sufría el pueblo.

Este pueblo muerto de hambre, con un salario que no superaba los 20 \$ (2.500 pesetas) y una devaluación continua de la moneda tan alarmante, que llegó a ocupar el 1° lugar en el mundo su inflación. El dólar subía en cuestión de horas, por las mañanas tenía un precio de cambio y por la tarde otro más alto. A esto se suma que el dólar USA, era el medio para comprar todo lo que había

en el país, excepto los productos del campo, en su mayoría materia prima. De esta forma un par de zapatos, de muy mala calidad, te costaba el sueldo de un mes y no había otro.

La situación se fue empeorando cada día más y comenzó a faltar la comida, se especulaba con todo. La harina que venía del Exterior y que es la base de la alimentación, dejaron de mandarla. El pan se distribuía por cartillas de racionamiento, una por grupo familiar, esto quería decir que tenías que adquirir el pan de cada día en una tienda asignada y aunque tuvieras dinero no te vendían más que 6 panes por cartilla, los panes tenían el tamaño de una palma de la mano, en fin con 3 panes de estos desayunabas y te quedabas con hambre. Los demás alimentos no se encontraban, escaseaba el dinero y más alarmante aún, aunque tuvieras dinero no podías comprar nada, todo faltaba. Se comía poco y con angustia de que no hubiera más para el día siguiente. Esto a nivel de todo el país, en la población ya no se diferenciaba mucho los pobres de los de clase media, todo se estaba nivelando en la carencia más espantosa que conoció Bolivia en los últimos años.

No había recursos ni para cambiar la moneda tan devaluada. En dos años, el autobús que costaba 3 pesos bolivianos, llegó a 3.000 pesos y medio, un año más tarde a 300.000 pesos. Para las compras había que ir con montañas de dinero metidos en bolsas grandes de papel o de plástico, para adquirir el mercado de un día.

En un país con una inestabilidad política que no ha superado desde el comienzo de su independencia con España hasta el día de hoy, es fácil comprender, que haya tenido en su haber más presidentes de turno, que años de independencia y que bata el record en América Latina de Golpes de Estado. Yo personalmente entré en Bolivia con el mandato del general Luís García Meza, que se había hecho con el poder de la forma más injusta que se puede dar y, en los tres años siguientes, conocí siete presidentes distintos que se turnaban de uno a otro con Golpes de Estado y en muchos casos con menos de un mes de gobierno. Esta es la realidad histórica que ha heredado una de las Naciones más pobres del Continente Americano; y como contrapartida alberga en su suelo una riqueza natural insospechada (minas de estaño, oro, plata, hierro, piedras semipreciosas, petróleo, gas, productos agrícolas, maderas preciosas) se ve en los últimos lugares de ingreso per cápita. No es de extrañar por tanto este proceso de una cierta inmadurez política, un subdesarrollo económico, ignorancia y analfabetismo en la población, pero de ninguna manera una falta de cultura, permanece en el pueblo una conciencia de su propio valer con unas ansias liberadoras del poder y la opresión. Por eso a pesar de su pobreza, a pesar de que sobre los gobiernos pesan endeudamientos, a pesar de los abusos de poder de las dictaduras y de todo el panorama desolador que sobre el pueblo se abate, quiere seguir viviendo y lucha y se afana por ello. La vida joven y rebelde, llena de esperanza de estos pueblos enriquece al “viejo mundo” que languidece en su bienestar egoísta y las culturas milenarias no se pierden, sino que rejuvenecidas se abren a un futuro prometedor.

Así encontraba la Congregación a Bolivia, así nos decidimos a comenzar y a permanecer.

Desde esta perspectiva se comprenderá mejor, todas las situaciones tan difíciles que nos tocó vivir en el primer año de fundación, que pasaron por muchas privaciones personales a las cuales no estábamos acostumbradas, con una distancia de nuestras familias, amistades, hermanas, que nos fue duro llevar.

Esta situación aunque sigue en pie, pues el país aun no encuentra una salida a este ritmo de decadencia económica y política, para nosotras ya no resulta tan agobiante como al principio, por una parte nos hemos familiarizado con ello, nuestra forma de vida y trabajo se ha ido configurando con el pueblo en el que estamos y vivimos, y sobretodo ese calor humano de amistad y conocimiento recíproco con sus gentes y compañeros de otras nacionalidades con los que compartimos el trabajo y la vida. Todo esto hace que nuestro asentamiento ahora sea más firme y más definitivo como Congregación.

He tenido que alargarme para clarificar un poco la realidad de la Nación Boliviana, para entender mejor nuestros primeros pasos como Congregación en este país. Si estas cosas no se ven en un conjunto, las anécdotas y situaciones que cuente más adelante, se verán como un disparate y un desatino, en parte ha sido la impresión de las hermanas cuando contábamos la versión de los hechos.

También tengo que clarificar, que mi postura no es neutral, para mí la estancia en Bolivia y la fundación por parte de la Congregación en los campos de trabajo que tenemos entre manos en las dos casas, tiene todo un sentido de cara a nuestra vida personal y a un testimonio como grupo.

Personalmente he estado un poco desligada, por razón de la distancia y el tiempo que he pasado aquí sola, no salí nunca de Bolivia en estos seis años, no fui a ningún capítulo, pero cuando se tomó como “opción preferencial por los pobres” o “justicia y paz”, sentí siempre que lo que decía la letra escrita en estos documentos, Bolivia y nuestra presencia en ella, era la realización concreta de todos estos pensamientos y palabras.

Todo se iba preparando para la venida de las hermanas, de momento estaba preparada la estancia de las hermanas en Huanuni y el inicio de las dos comunidades que nos estableceríamos en Bolivia, la verdad que pese a las dificultades todo se fue resolviendo con bastante eficiencia y en poco tiempo, faltaban detalles que se irían poco a poco solucionando y, sobretodo, la expectativa de cómo se adaptarían las hermanas.

LLEGADA DE LAS PRIMERAS HERMANAS A BOLIVIA

Terminado el año escolar 1983, que coincide con el civil, me invitaron las hermanas de Chile a pasar las Navidades y parte de las vacaciones con ellas. Este viaje era con vistas para verme con Tere Gómez, que vendría a comienzos del año 1984 para integrarse en la comunidad de Huanuni.

Este mes pasado en Chile me vino muy bien para descansar, estaba muy agotada del año anterior y sobretodo para encontrarme con las hermanas, ya notaba con fuerza estos años de ausencia en la Congregación.

Viajé junto con Tere Gómez, por todas las casas de Chile, me encontré muy bien con todas las hermanas, pude hablarles en directo de Bolivia y de la fundación que ya estaba a las puertas, les pedía apoyo y ayuda. La comunidad de Pitrufrquen me dio el sagrario que habían tenido las hermanas en la fundación de Chile, era una caja de madera sin ningún símbolo. Este sagrario quedó en la comunidad de Huanuni.

El 14 de febrero de 1984, recibía en el aeropuerto de Santa Cruz a Pino León y Tere Murillo, que venían de España, hicimos una escala breve y partimos las tres para La Paz en espera de recibir allí a Tere Gómez, que vendría desde Chile, e irnos para Huanuni. Estaría unos días con ellas y regresaría de nuevo a Santa Cruz, para comenzar el año escolar ya en nuestro Centro del Plan 3.000.

Una vez reunidas todas en La Paz, nos hospedamos en la casa de las Dominicas del Rosario, aquí esperamos un día tras otro, con paciencia, para poder tomar el autobús que nos llevaría a Huanuni. Se tenía prevista la entrada en el pueblo con una misa que oficiaría Monseñor Julio Terrazas, obispo de Oruro, con otros concelebrantes Oblatos.

No se pudo llevar acabo esta ceremonia, pues los bloqueos de los caminos por parte de los mineros y los campesinos persistían con tenacidad y al cabo de más de una semana en La Paz, Gregorio Iriarte, provincial de los Oblatos, nos propuso llevarnos en el jeep hasta Huanuni, aventurándonos a pasar las trancas de los bloqueos en la carretera.

Se avecinaba el inicio del año escolar en Santa Cruz y ante lo imprevisible de la situación que estaba viviendo el país, pensé que no iba a poder regresar sola desde Huanuni, así que decidí irme desde La Paz a Santa Cruz. Las hermanas se encaminaron con esta incertidumbre hasta Oruro, para desde allí ir a Huanuni cuando se pudiera. Las peripecias de este primer viaje es digno de narrar, pero solo anotaré que quedó muy gravado en ellas desde un comienzo, lo que iba a ser nuestra estancia en Bolivia el primer año.

Más de una vez y por largos meses nos vimos imposibilitadas en una comunicación por teléfono o correo a causa de las huelgas. En muchas ocasiones no podíamos ni movernos del lugar dónde estábamos por los bloqueos constantes de los caminos y carreteras. Más aun, incomunicadas con el exterior, así que de estas situaciones y en el momento de vivirlas y padecerlas, no se enteraba el Consejo General en Madrid del cual dependíamos.

Una vez, estando en Santa Cruz, recibí la primera llamada telefónica de las hermanas y me sobrecogió, lo pasaron mal hasta llegar a Huanuni, pues a pesar de la amistad de Gregorio Iriarte con los dirigentes de las huelgas, casi no los dejan pasar amenazándoles con piedras y palos.

La casa del antiguo párroco, que yo fui a ver, en la que se quedarían de momento hasta que el Obispo comprara una casa en el mismo pueblo, estaba tal y cual me la encontré, no habían hecho ninguna reforma, excepto que el Señor Cura Párroco se había llevado lo que consideraba de más valor, aunque esto mismo no servía para nada. Por supuesto la casa la encontraron deprimente, los días estaban amenazando lluvia continuamente, sin dejar ver el sol, sin trabajo determinado, pasaban los días enteros desconocidas y sin más horizonte que aquel paisaje árido de 4.000 m de altura.

Yo les prometí ir en el mes de abril, por Semana Santa, y llevarles algunas cosas que necesitaban y no conseguían allí.

COMIENZO DE LA FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ – PLAN 3.000 –

En los primeros días de marzo de 1984 se iniciaba el año escolar en el Departamento de Santa Cruz, pues en la mayoría del país persistían las huelgas y no se comenzó el año escolar a su tiempo.

Seguía viviendo con las Cruzadas en la Villa 1° de Mayo. Por compromiso no pude dejar el puesto de trabajo en este Centro, llevaba la dirección del Ciclo Superior y la coordinación de todo el Centro Escolar que estaba a mi cargo desde hacía 3 años, estaba formado por 5 directores de los cuales dependían 116 profesores, con un alumnado, de la mañana a la noche, de más de 2.800 alumnos.

Le pedí al Departamento de Fe y Alegría que me liberaran de este trabajo para poder atender a la fundación en el Plan 3.000, no pudo ser, pues no encontraron de momento una solución.

A parte de esto, tenía 6 clases semanales con los Maristas, de las cuales no podía prescindir, pues era el sustento económico con el que contaba para vivir.

Abrumada por el trabajo que se me venía encima, me dirigí a la Directora Departamental de Fe y Alegría, Hna. María Otaegui, que desde un comienzo me había ayudado tanto y de la cual dependían todos los Centros Escolares de Fe y Alegría en Santa Cruz. Me animó y me dijo que no me preocupara por el inicio del año escolar en el Plan 3.000, pues era imposible que funcionara tal y como estaba allí la situación de la gente. La escuela estaba aun sin construir.

Hice los trámites para tener un nombramiento, en lo que iba a ser en el futuro nuestro Centro Escolar en el Plan 3.000. La Jefatura de Educación me nombró como profesora encargada del Ciclo Intermedio, con posibilidad de Dirección “ad honorem”, esto significaba que tenía el puesto de trabajo, pero sin sueldo hasta que lo asignasen desde La Paz. Esta es la fórmula que tienen en Bolivia al crear las escuelas nuevas, así no hay “voluntarios” que trabajen y los Centros Estatales se vienen abajo.

Era importantísimo el aceptar esto así, hacer acto de presencia en la “nueva escuela” del Plan 3.000 y presentarme ante las autoridades como encargada del Centro Escolar.

Estaban llegando grandes ayudas por considerar zona de emergencia y podían ser arrebatadas fácilmente por el sector Fiscal de Educación, que solo les iba a importar recibir los dineros.

A nivel de Iglesia, esta era una zona a organizar y atender. El Obispo contaba con la Congregación de Dominicas MSF, no sólo para el Centro Escolar, sino para la asistencia religiosa en el pueblo, había encargado la parroquia a los franciscanos alemanes de la provincia de Baviera, el P. Rodolfo esperaba nuestra presencia en la pastoral de la zona, pues no tenía ningún franciscano disponible para atenderla.

Con este paso, con esta responsabilidad, me daba vueltas la cabeza, ¿Cómo me las arreglaría para estar en todo?

Dormía poco por las noches, pues tenía que dejar el trabajo preparado para el día siguiente, agilizando los trámites del Colegio 1° de Mayo, clases con los Maristas, reuniones, estar en el Plan 3.000... Durante el día era todo una carrera de un lugar a otro.

Así me organizaba los días: a las 7 a.m. estaba en el Centro Escolar 1° de Mayo, recibía a los profesores y despachaba con la secretaria los asuntos del día, para indicarle lo que tenía que hacer en mi ausencia, sobre las 8 am, cogía la bicicleta con la mochila a la espalda, en la cual iba toda la dirección montada (pizarra portátil, tizas, libro de registro, un bocadillo y agua) todo imprescindible para presentarme en el Plan 3.000. Me iba con todo esto por un camino de vacas que acortaba la distancia desde la Villa 1° de Mayo. Allí me encontraba con una desorganización completa, un enjambre de gente me rodeaba, me hablaba todo el mundo a la vez, para que resolviera sus problemas.

Regresaba a las 2 de la tarde, me cambiaba como podía y con un bocadillo casi atragantado y un buen café para evitar el sueño de estas horas tan calurosas, tomaba el autobús para ir a los Maristas. Llegar hasta el colegio todos los días era un suplicio, pero estar en él era un descanso. Todo limpio, sin arena y sin polvo, siendo solo profesora de un grupo de “niños bien” y ante mis ojos el cansancio agotador de una jornada y de las anteriores que se iban acumulando. Llevaba una toalla y jabón y en las horas de recreo me duchaba en las duchas que tenían para la gimnasia.

Al atardecer terminaba el día en la Nocturna de la Villa 1° de Mayo, mi primer destino, dando clases de Orientación Profesional a los adultos, atendiendo y supervisando lo que había ocurrido durante el día en este Centro, del cual era Coordinadora.

Llegaba a la casa a las 10 y media de la noche, después de esta larga jornada. El cansancio, la preocupación y todo lo que tenía que tener pendiente, me quitaron las ganas de comer y me iba a la cama sin cenar la mayoría de las veces.

Lo que acabo de describir me esperaba todos los días de este año 1984, hasta que dejé la estancia y el trabajo en la Villa 1° de Mayo, en el que estaban las Cruzadas.

Durante este año me vino la convocatoria que había solicitado para tener el Título en Bolivia, me presenté a exámenes en el mes de julio, el Señor me ayudó, y saqué el Título de profesora en Bolivia con especialidad en Lenguaje.

Todas las personas con las que trabajaba me ayudaron mucho y entendían mi retraso e imposibilidad de abarcar todo, me exigían lo menos posible y su apoyo moral y económico contribuyó a darme ánimos en esta situación.

PRIMER AÑO EN LA ESCUELA “CLAUDINA THEVENET” EN EL PLAN 3.000

La primera mañana que me presenté en la “escuela”, era un día lluvioso que había dejado los caminos intransitables, la bici no me respondía ante las montañas de barro pegadizo y tuve que arrastrar con ella hasta llegar a la explanada donde estaba un cobertizo de tablas con huecos por ventanas, piso de barro, ladrillos que sostenían unos tablones a modo de bancos que no se sabía a donde miraban, pues no había señal de ninguna pizarra. Nada indicaba que, estas chozas unidas, eran la incipiente escuela del Plan 3.000.

Allí me dirigía como profesora encargada del Ciclo Intermedio, a las órdenes de una directora boliviana, que llevaba también la primaria.

Para ser el primer día y a pesar de las precauciones que tomé con este tiempo de lluvia, iba con el barro hasta las rodillas, no había agua disponible para lavarme, más que la que tenían los charcos, con ella traté de quitarme los pegotes de barro que tenía en la piernas, así estaba cuando se entonó el Himno Nacional por un enjambre de chicos apiñados junto a la escuela. Con este acto se daba inicio al año escolar. Me acerqué, como pude, a la directora, una señora de mediana edad, con voz fuerte y una vara en la mano, que más parecía en su aspecto que estuviera agrupando vacas de un ganado que dirigiendo una escuela. Toda la gente seguía detrás de ella, para saber si su hijo entraba en la escuela, si había sitio aún, en que grupo iría... en fin, contestaba mal y a gritos.

Por fin la abordé, y le dije que era la Hermana a la que me habían asignado el Ciclo Intermedio. Sin decir palabra, me arrebató del tumulto de gente que la rodeaba y me llevó a un furgón, que era la Dirección en tiempo de escuela, el hospital por la tarde y el centro de reuniones de los delegados del barrio. Allí cambio de tono y procuró ser más amable.

Me dio una lista de los alumnos, hecha a mano, con los nombres incompletos, sin señalar la edad y el curso, diciéndome: hermana a usted le corresponden estos chicos, son los grandes, organícelos en los grados superiores. No les pida documentación pues la riada se lo llevó todo, usted vea lo que saben para distribuirlos por curso. Eso fue todo, me pidió un dinero por adelantado para comprar las hojas de inscripción que no necesitaba, pues ya estaban inscritos, le pedí me indicara que “aulas” me correspondían y me señaló una de las más destartadas, las tablas que hacían de paredes la gente se las llevaba por las noches para sus cobertizos, así que era un esqueleto. Los demás cursos serían al aire libre.

Mi mente en un momento se fue a la lista de alumnos, a la necesidad de material de construcción y de cómo conseguirlo.

Tenía 160 alumnos y tres profesores que no estaban presentes y que no conocí hasta mucho más tarde, se presentaron casi al finalizar el curso.

Ante este panorama la jornada de clase era de 1 hora, los chicos que podían entraban en la choza de madera, a los mayores me los llevaba debajo de los árboles más frondosos y allí construimos con troncos fijos en el suelo o ladrillos, lo que haría de asientos, el árbol hacía de sombra y servía para colgar la pizarra portátil.

Después de organizarlos como pude en 1º 2º y 3º de intermedio, me di cuenta que tenía muchos más alumnos que los que figuraban en la lista, ya alcanzaban más de 200, todos habían pagado la inscripción a la directora, que se dio prisa en cobrar, pero no me entregó ni un peso, corriendo por mi cuenta el depósito que tenía que dejar en el Banco y la compra del material.

En estas situaciones y otras parecidas me ayudaron las Hermanas de Jesús María, que por la colaboración económica que dieron al barrio, los dirigentes pusieron a la escuela el nombre de su fundadora.

¡Cómo describir en este momento, que ante las dificultades imprevistas que me esperaban cada día, siempre me encontraba con alguna salida!

El ser Hermana, el dar clases todos los días, el no pedirles nada a cambio, el escucharles, hablarles y no gritarles, en fin, cosas ordinarias y normales en otros lugares, pero que la gente humilde raramente recibe, agradecían profundamente. Los quería de verdad, los sigo queriendo y no olvido en la distancia.

Aquello lo tomé como algo muy mío y me granjeó poco a poco el cariño de las gentes, que en medio de tantas calamidades que habían tenido con la inundación y que seguían teniendo en el lugar donde estaban, se encontraban maltratadas, incluso extorsionadas económicamente por la Directora y el Director del turno de la tarde.

Querían traerme todos los chicos de la edad que fueran, yo les daba todas las explicaciones que podía para que entendieran que no tenía más lugar. Me interrumpían en las clases cuando estaba debajo de los árboles y me decían, “un sitio para mi hijo, yo le pongo el asiento”, miraba la lista y les decía: “en este grupo tengo 54, no me cabe ni uno más”. La cholita no miraba a la lista, sino al terreno que había debajo del árbol y me contestaba: “Madrecita, aquí cabe mi hijo”. ¡Claro que cabía su hijo!, era una escuela sin número de bancos fijos ni límites de paredes, cabía su hijo y todos los del barrio, guardaba la lista y veía que la razón estaba de su parte.

Así me iba situando un día y otro, siempre había alguna novedad y se iba avanzando en la mejora de las aulas.

La Alcaldía me pidió que fuera haciendo un censo de los niños y jóvenes de la población, como no tenían ninguna documentación, unos lo habían perdido junto con sus casas y otros no lo habían tenido nunca, pues nadie los censó. De esta manera a la hora de inscribir les preguntaba más o menos la edad y yo me las tenía que arreglar para poner la fecha y el año de nacimiento, algunos hasta el nombre. Mas tarde esto me lo recordaron los alumnos de nuestro Centro y me decían que figuraba en su carnet de identidad. Así era también a nivel de los bautismos, que muchos se

produjeron en esas fechas, llevaba también el registro de la parroquia y todo lo que se pudo quedó anotado oficialmente.

La Semana Santa dejé todas estas actividades y me fui a Huanuni con las hermanas, ya habían pasado por un tiempo las huelgas de los caminos, pero ellas seguían con el racionamiento. Desde Santa Cruz se podían conseguir más cosas, incluso les llevé abrigos y botas de buen uso, pero no nuevo, que venían desde Alemania.

COMIENZA FE Y ALEGRÍA – DOMINICAS –

Cuando regresé de Huanuni, los padres de familia de la escuela fueron tomando conciencia de la situación que teníamos y se comenzó a habilitar un galpón de Defensa Civil, amplio, pero que solo tenía el techo de cinc, así que se montaron las paredes divisorias con desechos de ladrillos, se dejaron unos huecos como ventanas y otros para las puertas, no alcanzó para el piso y quedó de tierra. Las divisiones de las 6 aulas que salieron no llegaban hasta el techo, así que se oía perfectamente todo de una parte a otra. Para los asientos nos vino bien el primer invento que estrenamos debajo de los árboles, pero esta vez más sofisticado. Clavamos palos en el suelo y poníamos los tablones fijos con clavos, unos eran más altos y servían de mesa y otros más bajos para asientos. Este trabajo fue de los alumnos y de los padres de familia. Hicimos un recorrido en camión por las construcciones de la ciudad y nos dieron los tablones de los andamios, con esto nos pusimos manos a la obra y en un fin de semana dejamos listas las clases.

Las actividades de la escuela en más de un 50% era de construcción y carpintería, y en esto yo me volvía alumna y los alumnos profesores.

Ante la demanda de la población se hicieron dos turnos, en la mañana incorporamos la primaria y por la tarde el Ciclo Intermedio.

La semana anterior a la inauguración del “galpón” que nos servía de escuela y que sería el inicio del Centro Educativo de las Dominicás, la gente se volcó y nos afianzamos unos y otros en una confianza mutua, era un trabajo en conjunto, la gente llevaba lámparas de kerosén para seguir trabajando durante la noche. Unos alumnos, sin indicarles nada, se quedaban a dormir en el “galpón” para cuidar los materiales que íbamos consiguiendo. La gente nos traía alambres, clavos usados, todo lo que a ellos les era útil, para llevarlos a la escuela.

Se organizaban solos y me admiraba lo que hacía una voluntad conjunta de un pueblo, unos traían agua, otros tablas viejas, otros colocaban los tablones o alambres en los huecos que hacían de ventanas. Algunas madres nos hacían un “refresquito” tibio y unas empanadas de manteca para reparar un poco el cansancio. Era un trabajo de gran imaginación, pues se inventaba el material y la forma de colocarlo.

Desde este lugar y desde esta situación cuantas veces pensé que los objetivos que nos poníamos a largo plazo en nuestros Colegios, completamente contruidos, equipados y limpios, aquí se cumplían sin escribirlos y sin decirlos. En otros lugares era tan difícil que la gente participara, que tomara el Colegio como suyo, que se sintieran todos como una familia. Aquí las metas últimas de un Centro Educativo se daban desde el principio, nos faltaba, eso sí, el edificio. Me dio un gozo grande el experimentar todo esto, no sentía el agotador cansancio de los primeros meses, aunque el trabajo era el mismo o más.

Cuando regresaba, después de estas jornadas, en la bici a la Villa 1º de Mayo, ya oscurecía, tenía ganas de cantar, todo el paisaje se transformaba, las palmeras se oscurecían cada vez más ante la luz crepuscular y parecían pintadas de negro sobre fondo rojizo, el viento tibio las movía y empujaba la bici cuesta abajo sin necesidad de dar a los pedales, sentía el peso de la mochila a la espalda y por dentro una gran alegría ¡me encontraba tan feliz! Al mirar ese cielo de fuerza tropical, estaba el Señor muy cerca de estas andanzas, Él se había metido por medio, esta causa era suya, estos hijos de Bolivia sus predilectos.

En medio de todo esto, queriendo algunas veces, otras con temor, con fatiga, con tanta preocupación... pero muchos días como estos, era ir como en alas de águila, ya estaba en un lugar

donde era conocida, querida, también necesitada y sentía que mi corazón se enternecía por los alumnos, por estas gentes que todo era volcarse de la mañana a la noche. ¡Como me recogían la bici y la mochila para guardarla en sus casas, mientras estaba en los ajeteos de la escuela! ¡Como me acercaban una silla a algún árbol y me servían un café aguado a mitad de la mañana! Me emocionaba de tal manera, que más de una vez me temblaba el corazón, ante estos gestos se me llenaban los ojos de lágrimas de pura felicidad, de puro agradecimiento.

Ya estaba todo listo. Pusimos un pegote de cemento en la pared y antes de que se secase marqué con un clavo el nombre del Centro Educativo – Dominicas -

El día de la inauguración fue todo un acontecimiento. Llegaban las autoridades que suplían a las que habíamos invitado.

Se improvisó una tarima de tablones y allí después de interminables discursos que nadie escuchaba, pero que todo el mundo aplaudía al final, se dio por inaugurada la escuela de Fe y Alegría que llevaban las Dominicas.

Desde aquí se veía levantar el edificio definitivo, grande, bien construido. Era el resultado de las ayudas recibidas del exterior. Todo un símbolo para un barrio que se iba levantando de la miseria, ya se veían de vez en cuando casitas construidas con ladrillos, un barrio que había nacido de la noche a la mañana, hecho con ramas de árboles, cartones y latas.

Estaba dando término el año 1984. La vida con las Cruzadas se estaba haciendo difícil, tenía otro ritmo y no podía atender el Colegio de la Villa 1º de Mayo, fui delegando mis responsabilidades para poder estar más tiempo en el Plan 3.000. El mes de septiembre, sin previo aviso, me quitaron el cargo de Coordinación con sueldo incluido, con el pretexto de reservar para el año siguiente el puesto para una de las Cruzadas.

Se empezaban a complicar las cosas, solo tenía una bicicleta y unos cuantos cacharros para la cocina, había que buscar una vivienda en el Plan 3.000, aunque fuera transitoria y una vez solucionado esto, avisar a las hermanas para que vinieran lo antes posible.

Llamé a Ángeles Lecumberri y le propuse el plan para irnos ya a vivir allí, pues el trabajo y la escuela ya estaban funcionando y a mí me resultaba muy complicado atenderlo sino me trasladaba. Necesitaba a las hermanas que iban a venir a Santa Cruz. Me comunicó que de momento solo podía venir Haydée Grimaldo, que tenía dificultades familiares y vendría a fin de año, no en este momento.

Al Padre Rodolfo Hoën, franciscano alemán, párroco de esta zona y que tenía además a su cargo una extensión tan grande como un Vicariato, le expuse las dificultades y la urgencia que tenía para ir a vivir al Plan 3.000. Yo había intentado que me dieran una parcela como a los damnificados, pero no pudo ser porque estaban todas entregadas y ya nos habían incluido la casa en el terreno del Colegio, que estaba aun sin construir.

En estos momentos no me podía compadecer, había que sacar todas las fuerzas y ánimo, que no tenía, para tirar hacia delante. Ya había visto levantarse la escuela en el galpón sintiendo la presencia del Señor ¿Por qué había de faltarme ahora?

El P. Rodolfo pensó en un cuarto que ya estaba construido en la escuela nueva y en el que guardaban los materiales para la construcción del Colegio definitivo, que sería más tarde la biblioteca, esto se podía habilitar para la casa de la comunidad, solo contaba con el techo y las paredes y una puerta, había que acondicionarlo por dentro. No hizo falta arquitecto para esta sencilla obra, así que dibujé un pequeño bosquejo y lo entregué al maestro de obras. Eran tres divisiones, las paredes no llegaban al techo, una sala, comedor-cocina, dormitorio con tres camas y un baño, la casa la pensé para tres hermanas, pero por falta de espacio no se podían hacer habitaciones individuales. Por fuera un patio para lavadero y hacer allí parte de nuestra vida, pues los calores cruceños necesitan aire libre. Como todos los habitantes del barrio no teníamos agua ni luz.

Le pedí dinero prestado para comprar lo más indispensable, una cocina, tres camas, una mesa con 6 sillas y 2 armarios. Me atendió en más de lo que necesitaba y en esa misma semana, veo que se acerca un Suzuki rojo, un poco destartado y que sonaba como una moto, lo traía el

encargado de las compras de los franciscanos, se bajó del jeep yo pensé que venía a traerme algo para la escuela o darme algún recado, pero me dijo: “hermana coja su bici y colóquela encima del Suzuki, lléveselo, el P. Rodolfo dice que esto es para usted mientras le mandan el dinero de Adveniat y pueda comprar uno para la comunidad” . Me quedé de una pieza, en estos momentos que me encontraba tan sola y decaída por la situación que he descrito antes, me sentí muy reconfortada por el gesto de este alemán de pocas palabras, seco en sus manifestaciones, pero con un corazón grande que intuye las dificultades y trata de darles la solución.

Así que me fui con mi cochecito, dando brincos por estos caminos llenos de huecos y piedras, tratando de entenderlo en las marchas, y el viejo y destartado Suzuki queriéndose acomodar a su nueva dueña. Compañero inseparable, testigo de mudanzas, cargado hasta los topes, llevando y trayendo a gente que se encontraban por el camino, testigo mudo de este tiempo.

Llegaron las Navidades y parecía inminente la venida de Haydée. Ya se estaba terminando la casita provisional, prácticamente lista y comprado todo lo imprescindible. El edificio nuevo del Colegio se levantaba al lado, estaba ya toda la estructura hecha, para dos pisos, dos escaleras espaciosas en los laterales y comenzando las divisiones de las aulas.

Me fui a Huanuni y pasé las Navidades y año nuevo con las hermanas. Eran las primeras que pasaban ellas en Bolivia. Todo estuvo salpicado de anécdotas, aun estaban en la casa parroquial sin reformar nada, esperando la otra que había comprado el Obispo y también se tendría que arreglar. Habían comprado algunas cosas y se encontraban un poco mejor, no se podían hacer muchas reformas pues se dejaría en breve. Las hermanas estaban un poco más animadas, la estancia en esta casa sin acondicionar era muy dura.

Estas fiestas de Navidad las celebramos con todo el folclore típico del Altiplano. Después de Año Nuevo, me despedí de las hermanas para regresar a Santa Cruz, Haydée desde Venezuela llegaría de un momento a otro. Quería tener todo listo y preparado.

Pino León y Tere Gómez se iban a Chile a finales de mes para participar en la Asamblea Provincial, Pino como consejera general y Tere la acompañaba, pues deseaba encontrarse con las hermanas y hablar de tantas novedades pasadas en Bolivia. Iban también con un cometido, traer una hermana más para Santa Cruz, así seríamos tres.

Ya se estaba descartando que desde España mandaran a alguien. Todo esto lo expondrían en la Asamblea para ver si nos podían ayudar.

Tere Murillo prefirió ir con las Dominicas del Rosario que trabajaban en Bolivia, a Lima, por tierra, ver el Machupichu y hacer un curso con Gustavo Gutiérrez.

La estancia de las hermanas fuera de Bolivia se iba a prolongar por dos meses. Haydée, cuando llegara, y yo, nos quedábamos en Santa Cruz para preparar el inicio del Colegio, este año comenzábamos en el edificio nuevo.

TRASLADO AL PLAN 3.000

Comenzamos el año 1985, empecé a hacer los preparativos para ir a vivir a la “casa” que habíamos habilitado en la biblioteca del Colegio, mientras llegaba la donación de Adveniat para construir la vivienda definitiva de la comunidad.

Nada más regresar de Huanuni, donde había pasado las Navidades con las hermanas, llamé a Haydée Grimaldo a Venezuela, para decirle que la estaba esperando para ir juntas al Plan 3.000, quería quedarse para la visita del Papa a Venezuela que sería a últimos del mes de enero y aquí estaría para primeros de febrero. Ante esta situación quise retrasar el traslado, ya para entonces solamente iba a dormir a la Villa 1º de Mayo, el resto del día lo pasaba en el Plan 3.000, entre la escuela y la nueva casa. Me resistía a quedarme del todo, tenía miedo de estar sola por las noches, no había luz y la casa y el Colegio estaban muy aislados del resto de las viviendas, que estaban de suyo muy diseminadas y sobretodo aislarme en esta situación, pues eran las vacaciones y no tenía actividad escolar. De todas maneras, preparé lo que me quedaba por llevar, dejé la casa de las Cruzadas y me fui el 28 de enero, fiesta de Santo Tomás de Aquino.

Llegamos a las 6 de la tarde al Plan 3.000, apenas si tardamos media hora, bajamos todo, dejé el coche en el patio de la casa y amontonamos las cajas y demás cosas en la entrada. Despedí a Melvi, una directora del Colegio 1º de Mayo, muy amiga, que no daba crédito a que me quedara ya definitivamente y en estas condiciones, pensó que esa tarde era uno de tantos traslados que habíamos hecho otros días

Me insistió para quedarse conmigo a dormir esa noche y todas las que fueran necesarias hasta que viniera Haydée. Yo se lo negué rotundamente, tenía una gran necesidad en estos momentos de quedarme sola.

Al día siguiente me despertó temprano un sol radiante que entraba con todas sus fuerzas por las ventanas, aun sin cortinas, eran las 5 y media de la mañana y el barrio comenzaba su actividad, los niños y las mujeres ya hacían colas en los surtidores de agua en los pocos caños que había; los mercadillos ambulantes de verduras, frutas y otros alimentos ya muy pasados, reposaban en montoncitos en el suelo, esperando que se fueran comprando de uno en uno o de tres en tres. Me desesperé y fui ordenando las cajas que estaban en el suelo y colocando las cosas en su lugar, hasta que llegara la hora del agua a nuestra zona, en la casa nos habían puesto un caño, así que llené todos los recipientes que tenía, pues se cortaría en una hora, para esta emergencia compré un bidón de hierro de los de hoy para transportar la gasolina, lo pinté por fuera con pintura antioxidante y por dentro, para que no tuviera ninguna pérdida, con pez, como lo hacían aquí. Lave la ropa y me duché en el patio con una totuma (calabaza hueca).

Una vez hecho lo más urgente, me dispuse a escribir una carta muy pensada a Ángeles Lecumberri, no podíamos seguir así, se tenía que aclarar la situación con las hermanas que habían de venir, empecé a comprobar que no había gente para venir aquí. Las hermanas de Huanuni no estaban en Bolivia pensaron que para estas fechas ya estaba Haydée en Santa Cruz. El dinero no me alcanzaba para todo y tenía que comprar más cosas para la casa y el Colegio que comenzaría en un mes. Los puestos de trabajo de las hermanas ya conseguidos, tuve que poner a Tere Gómez en espera de saber el nombre de la tercera hermana. Habíamos recibido muchas ayudas de una parte y otra y tanto el Obispo como el P. Rodolfo me preguntaban más de una vez cuando iban a venir. Después de describirle toda esta situación, le conté lo que había pasado la noche anterior, la angustia y el temor de quedarme sola me preocupaban mucho y el miedo que me impuso la oscuridad de la noche. La carta era extensa, fuerte y clara. A continuación les escribí otra a mis padres, cambiando totalmente el tono, pues no quería preocuparles y se lo decía con gracia, esto en parte también era verdad, pues era feliz en este lugar y me entusiasmaba.

Al llegar a correos, tuve que esperar un largo rato en la fila para ponerle los sellos, me preocupaba tanto la carta que iba escrita para Ángeles, que la saque y la leí de nuevo antes de echarla y así también hice con la de mis padres, sin darme cuenta me tocó el turno y precipitadamente metí las cartas en los sobres, me confundí, y Ángeles recibió la de mis padres y mis padres recibieron la de Ángeles. Hasta un tiempo más tarde no me di cuenta de la confusión. Cuando las cosas ya se habían solucionado en parte ya habían pasado dos meses y estaba en plena marcha el Colegio, me llamaron de Madrid alarmadas pensando no encontrarme viva, aparte de lo que contenía la carta, mi padre se había puesto firme y quería que yo regresara a España cuanto antes. Bueno esto es una anécdota y lo dejamos así ahora para ver más adelante el desenlace.

En estos primeros días, me trajo el P. Estanislao, franciscano, que atendía cuando podía la Parroquia del Plan 3.000, una perrita de una semana para que me acompañara y me quitara un poco el miedo de las noches, la verdad que lo que me dejó era un buen instrumento para no poder dormir, se quejaba todas las noches cuando la sacaba al patio, hasta que colmaba mi paciencia y la dejaba entrar, entonces se echaba debajo de mi cama en el suelo y cuando amanecía yo sentía un bulto extraño y caliente a los pies, no sé a que hora de la madrugada se subía a la cama y allí se quedaba.

La hora de la comida es la que no se iba a regular nunca mientras viví sola, no sentía hambre, ni dejaba algo por hacer para prepararme algún guiso. El café, plátanos y alguna fruta, estaban a mano y discurriendo más con la cabeza que con el estómago, comía algo deprisa y sin sentarme, ese momento era muy significativo, si ponía un plato, colocaba la mesa y me disponía a comer como Dios manda, me daba cuanta que estaba completamente sola y este mal pensamiento lo

evitaba trabajando sin parar en el Colegio, arreglando la nueva dirección, poniendo en orden los papeles, colocando bancos viejos que nos daban de otros Centros y reparándolos con los alumnos. A unas alumnas, de las mayores, las que terminaron el Ciclo Intermedio en la primera escuela y que tenían interés en seguir estudiando, pero que en su casa no se lo permitían porque tenían que trabajar para ganarse un jornal y ayudar a la familia, les busqué un trabajo en el Colegio de Santa Ana, en el centro de Santa Cruz, limpiaban el colegio durante el día y por la noche estudiaban en su Nocturna, a cambio le daban la estancia durante la semana y la alimentación, incluso sacaban un aporte para traerlo a sus familias. Estas mismas alumnas cuando llegaban los viernes, venían cargadas con todo el material de las papeleras, cartulinas que se podían usar por la otra parte, hojas de papel, lápices, pinturas, cuadernos sin terminar... y en las vacaciones hasta los pupitres, sillas y muebles que desechaban. Buscamos una camioneta y lo trajimos todo.

Me compré una maquina de coser de pedales, era raro, pero no sabía coser a máquina, la necesitaba para casa y para el Centro de Madres, con ella hice las cortinas de las ventanas, forro para los colchones, o descosía una falda vieja y con eso “patrón” confeccionaba otra.

Plantábamos árboles alrededor del Colegio, quitábamos la maleza y me enseñaron hacer un pequeño huerto, abonándolo con los desechos orgánicos, esto no prosperó porque la tierra era arenosa y tenía mucha sílice, había que prepararla mejor.

Saltaba de un lugar a otro sin mirar el reloj, hasta que notaba mi espalda cansada, la ropa llena de polvo y yo hecha un desastre, cuando veía que el sol se iba ocultando y que de un momento a otro me quedaba sin luz, entonces entraba en la casa, me lavaba con el agua que tenía en el bidón, tomaba un café y unos plátanos o papaya y si tenía algo más de hambre, que no era lo habitual, me hacía una tortilla o guisaba algo. Ecce, la perrita, se pasaba entre mis piernas rozándome y me recordaba que a ella también tenía que prepararle un menú. Así funcionaba la primera “comunidad”.

Al caer la noche, me tendía en el chinchorro que estaba colgado en el patio, en ese momento me daba cuenta del dolor tan intenso que tenía de espalda, todo el día cargando, subiendo o bajando cosas... me tenían baldada. Pero en esta posición descansaba y me esperaban muchas horas antes de amanecer, ya que la falta de luz eléctrica, imponía paralizar las actividades más de 9 horas. Miraba con calma el cielo lleno de estrellas brillantes, jugaba con ellas todas las noches hasta que encontraba la Cruz del Sur, una especie de cometa con cola. De esta manera se serenaban mis pensamientos, mi corazón se dejaba conquistar por el silencio reparador de tantas fatigas, envolviéndome con este aire tibio de las noches cruceñas.

En estos momentos tan intensos de soledad en el que el universo me acompañaba y me abrazaba, sentía una presencia silenciosa que no pronunciaba palabra, me veía protegida y sin miedo, mi respuesta era agradecimiento y bienestar. Empezaba a entender o más bien a gustar esta soledad con esta presencia. De esta manera fue creciendo en mi interior un deseo diario de encontrarme en estas horas de la noche, vacías, llenas de paz, que me fueron guiando poco a poco a un encuentro con el Señor. El descanso era oración.

Ante esta situación tenía muy claro que la fundación era de la Congregación, aunque fuera yo la promotora de esta obra, era urgente una presencia aquí de la comunidad, por el trabajo y por el testimonio.

El Colegio estaba a punto de comenzar, un ciclo de Básico por la mañana y un turno de Intermedio por la tarde y al concluir las clases de los alumnos, la alfabetización de adultos. El básico funcionaria con 5 cursos paralelos y el Intermedio con 4 cursos paralelos, con un promedio de 45 a 50 alumnos por aula, que en muchos casos sobrepasó. Las direcciones ya estaban repartidas, una de las hermanas por la mañana y yo por la tarde, llevábamos la Parroquia los fines de semana y por las tardes los centros de Madres. Teníamos que atender las clases de los Maristas, no podíamos prescindir de este sueldo ya que era el ingreso económico más importante para vivir por nuestro medio.

La inscripción era este primer año de 800 alumnos y con una demanda impresionante para que entraran como fuera, terminamos este año con cerca de 1.000 alumnos.

Las doce horas del día no eran suficientes para abarcar todo lo que se presentaba. Llamé a Huanuni en la situación en que me encontraba y no habían llegado aun las hermanas, como las

comunicaciones eran tan malas, no pude conectar con Chile, ni con España. En estos momentos los medios de comunicación que teníamos nos hicieron un papel desastroso, hubo huelgas que duraron casi dos meses y los teléfonos y correo fuera de la zona, estaban bloqueados. En este transcurso de tiempo salí a flote como pude.

Un grupo de mujeres de la Villa 1º de Mayo me ayudó a preparar los Centros de Madres en esta zona, de esta forma se iniciaba la promoción de la mujer, recibirían también los víveres de Cáritas y ayudaríamos a las familias. Comenzamos con 15 socias y en una de sus casas teníamos la reunión, mejor dicho en el patio al aire libre, mientras construíamos el Centro cerca del Colegio, le pusimos el nombre de San Martín de Porres y a la Parroquia Virgen del Rosario, pensé en la Orden. Más tarde salieron tres centros más y montamos una cooperativa con los excedentes de harina que teníamos para los Centros de Madres, esto fue en vistas del desayuno para los niños del Colegio, la mayoría venía en ayunas, después de haber trabajado en los mercados acarreando sacos y cargando camiones. A la entrada del Colegio desayunaban un panecito y un vaso de leche antes de comenzar las clases, todo esto lo llevó la cooperativa del pan, después para sacar unos fondos vendían en el barrio. La mujeres hicieron en sus casas hornos de barro y Cáritas nos proporcionaba la harina y la leche en polvo.

Todo esto estaba ya en plena marcha, nos estaban ayudando a todos los niveles. El Colegio estaba hecho con las aportaciones de Organizaciones extranjeras que se volcaron en ayuda a esta zona. La C.B.R. (Conferencia Boliviana de Religiosos) era la entidad que había canalizado estas ayudas para que nos dieran todo lo necesario a la Congregación que se hacía cargo del Colegio de Fe y Alegría en el Plan 3.000. Con los franciscanos alemanes, se solicitó de Adveniat la casa para la comunidad y un Jeep.

El trabajo que tenía encima, era evidente que no podía abarcar sola, y fue la manera de hacerlo en conjunto. Las ayudas materiales fueron muchas, pero más aun las personales, se me quedaban cosas por hacer, llegaba tarde a todos los sitios, no me echaban nada en cara, más bien lo suplían, me ayudaban en todo más de lo que les pedía. Las puertas estaban abiertas siempre.

Todo se mezclaba, la angustia y la esperanza, el miedo y la fuerza, el desánimo y las ganas de seguir, al fin y al cabo la misma historia de estas gentes, que sin nada van saliendo adelante.

Ya faltaban pocos días para que se iniciara el curso escolar, no había venido nadie para Santa Cruz y las hermanas de Huanuni no estaban en Bolivia, no se estaba al tanto de la situación al no poder comunicarnos.

Llegué a proponerle al P.Rodolfo, que si la Congregación no podía asumir este compromiso que yo lo podría llevar hasta que encontrara a otras Religiosas, que por supuesto todo lo que había recibido estaba a su disposición. Lo dije con mucha pena y con muchas ganas de que nunca llegara a cumplirse. Aquí todo pasa con mucha lentitud, no había preocupación, los principios en todas partes suelen pasar por similares problemas y aun mayores. De esta manera me quedé más tranquila y nunca me volvieron a mencionar la venida de las hermanas.

La verdad que los apuros disminuyeron y estaba mucho más serena. También bastante hecha a esta nueva vida.

COMIENZO EN EL NUEVO EDIFICIO PARA EL COLEGIO AMERICA FE Y ALEGRÍA- DOMINICAS -

Comenzaba el primer día del Curso Escolar, marzo de 1985. Se inició en el nuevo edificio aún sin concluir. Mientras se hacían las puertas, se improvisaron unos armazones de tablas que se sujetaban con unas piedras para proteger las aulas por la noche, estaban hechos los huecos para las ventanas pero sin armazón y mucho menos cristales. Las pizarras las pintamos encima de una gran plancha de cemento, las aulas eran muy amplias. Trasladamos los tablonces de la escuela anterior para que hicieran aquí el mismo servicio mientras nos hacíamos con otros pupitres. Compré una maquina de escribir con carro grande de segunda o tercera mano.

Se abrieron las inscripciones al final del mes de febrero por orden Ministerial para todo el Departamento de Santa Cruz, mientras la mayoría del país continuaba con huelgas. Los habitantes en el Plan 3.000 iban aumentando día a día y junto a los primeros damnificados llegaban sin parar, gentes de todos los lugares de Bolivia, eran infinidad de familias que venían poco más que con lo puesto a buscar un terreno y construir su “casa” de barro y paja en este sitio de asentamiento fácil para los pobres, cargadas de hijos en edad escolar, que habían perdido unos cuantos años de escolarización por falta de medios y Centros Educativos. Al ver nuestro edificio, grande, de dos plantas, alzarse en esa gran explanada, creían que cabrían todos. En este momento el censo (nunca constatado) nos daba los 50.000 habitantes y se podrían calcular 16.000 niños y jóvenes en edad escolar.

En la zona sólo quedaba en pie y medio ruinoso, la escuela Claudina Thevenet que abarcaba, como al principio, solo el ciclo Básico y la nuestra, recién construida.

El resultado del año anterior estaba a la vista, solo nuestra pequeña escuela del “galpón” había terminado el año escolar, los alumnos y profesores habían asistido regularmente, con la ayuda y colaboración de todos habíamos mejorado el local, que era difícil llamarlo “escuela”, los otros turnos de mañana y de tarde que estaban a cargo de directores del Gobierno los habían abandonado completamente, los profesores no asistían ante cualquier pretexto y mucho menos el director y la directora de la mañana, aun así seguían funcionando oficialmente y se presentaron para las inscripciones.

La gente se volcó como una avalancha a nuestro Centro.

Tenía que ponerle un nombre, no podíamos seguir con el “Claudina Thevenet”, nos emancipamos de esa primera escuela y surgía definitivamente el local y la dirección propia. No encontraba el nombre indicado para el Colegio, pensé en el “Padre Cueto”. Una de las noches en las que me retiraba de tanta agitación, me vino a la mente uno de una sola palabra y que expresaba la riqueza de nuestro Continente y con el cual a mí se me llenaba la boca y sobretodo el corazón: AMERICA, solo esto encerraba todo nuestro sueño, a continuación FE Y ALEGRÍA, la entidad a la cual pertenecía. La Congregación estaba muy presente en uno de los laterales del letrero, muy visible y con gran dimensión se pintó el escudo dominicano y al lado con fondo blanco y letras negras DOMINICAS, ocupaba de lado a lado toda la fachada del Colegio, este letrero lo hice con los alumnos mayores, ellos se subieron a un andamio y yo les diseñé el rótulo. Así se hacía visible y palpable una realidad que empezó con muy poco, pero requirió mucha constancia y fortaleza en los momentos de duda y dificultades, es esa forma que tiene el Señor de hacer “milagros”, que en este caso no fue otra cosa que estar presente y sacar adelante lo que humanamente no se puede.

La noche anterior a las inscripciones, preparé todo el material requerido y me fui a acostar, no sin antes tenderme en el chinchorro y quedarme en un silencio agradecido. Comenzaría a las 7 de la mañana, dando preferencia a los alumnos del primer año y después continuaría con los nuevos, como había notificado en un cartel que coloqué a la entrada.

Cerca de las 4 de la madrugada, un murmullo tenue y no muy lejano, me despierta, tomé la linterna y oigo algún ruido de pasos cerca de la puerta de casa. Me visto y abro la puerta, en la oscuridad veo un grupo de mujeres, hombres y algún niño junto a mí. La luna iluminaba con poca claridad la explanada del Colegio y divisé grupos de personas, acostadas, sentadas en el suelo y otras de pie, haciendo una gran fila que daba la vuelta a toda la fachada del Colegio y seguía hasta perderse en los caminos de fuera. Los que estaban cerca permanecían callados.

No daba crédito a lo que veía. Les pregunté a los que estaban delante de la puerta, que es lo que querían. Y me contestaron: “estamos haciendo cola para que entren nuestros hijos en la escuela”. De la impresión me quedé muda, ¡si no cabían en el Colegio! Toda la gente cuando me vio venía hacia mí, me acerqué como pude a la fila que estaba delante, y les pedí que se fueran a dormir, que al día siguiente solo inscribiría a los del año pasado, y después seguiría con ellos, que eran muchos y que no tenía sitio para tantos, ellos impasibles volvían a quedarse en la fila, sentados en el suelo, continuaban arropados en sus mantas medio dormidos, se habían traído hasta la comida en calderos. Me angustió ver este panorama que no podía remediar, una mano rugosa se puso en mi hombro: “no se preocupe, Madrecita, todo se puede”. Ante la imposibilidad de hacerles desistir y

que se fueran a sus casas, me volví a la cama; estaba a punto de amanecer, se me fue completamente el sueño, me tomé una taza de café y me senté en el patio de la casa, me sentía nerviosa y preocupada, dolida ante la incapacidad de no poder dar ninguna solución a esta gente que no la encontraba en otra parte. Sentí ganas de llorar, “Señor la multiplicación de los panes y los peces, aquí y ahora”, nuestra capacidad y nuestro trabajo no hace milagros y esta gente los necesita.

Todos estos meses preparando con tanta ilusión el nuevo Colegio, para que sea una frustración para tanta gente, que si no la recibimos aquí, se quedaban sin escuela un año tras otro. Golpear ¿Dónde?, si esta es la situación de Bolivia entera. Llamar ¿a quien? Si los oídos de los que pueden solucionarlo están sordos y acostumbrados. ¿Pedir paciencia? Si este pueblo la tiene y más que yo. Era decirme a mi misma que me tranquilizara, que había hecho todo lo que había podido, que no estaba en mi mano atender a todos y a todo, que tenía un límite. Pero a pesar de estas reflexiones, la vista de esta gente en el suelo, esperando un puesto para sus hijos en el Colegio, me produjo rabia y dolor y sin poder desahogarme con nadie, lo solucioné dando un golpe tan fuerte con el puño en la pared, que me dolió la mano de verdad.

Pasando así día tras día, con acontecimientos tan imprevisibles y sin ninguna noticia de que vinieran las hermanas, con un horario muy apretado y casi imposible sacar adelante, fui organizando como pude lo que sería el trabajo en esta zona. Desde un principio delimité lo que llevaría cada una de las hermanas, y tenía previstos algunos profesores que me ayudarían en la marcha del Colegio y se harían cargo mientras tanto.

El tiempo transcurría y a finales del mes de abril, estando para celebrar la Semana Santa, se levantó por unos días la huelga de correos y teléfono. Pude hablar con las hermanas que ya estaban en Huanuni. Pino León se quedó de una pieza cuando le dije en pocas palabras lo que había pasado en estos meses. No pensaron que para estas fechas aun estuviera sola y que no llegara Haydée, tampoco pensaban que el Colegio estuviera ya en marcha, pues en Oruro, donde están ellas las huelgas eran tan recias que los mineros no habían desistido, estaba todo parado, y por supuesto las escuelas. Me comunicó que en la Asamblea de Chile expusieron la situación de Santa Cruz, hubo mucha expectación y una gran acogida, enviaban a una hermana, Herminia, juniora, y que estaría con nosotras durante un año y que después ya se vería. Le dije que viniera de inmediato Tere Gómez, ya que uno de los puestos de dirección lo tenía a su nombre mientras supiera la hermana que vendría, estaría conmigo hasta que vinieran Haydée y Herminia; además Tere tenía más costumbre de Colegios en América y me podía echar una buena mano.

Pasada la Semana Santa, se presentó Tere Gómez, creí que no iba a venir, le di las explicaciones que pude sobre lo que habíamos pasado. Colaboró en todo lo que pudo, Haydée llegó a los pocos días, ya finalizaba el mes de abril. Con unos días de diferencia vino Herminia desde Chile. Así que a fin de mes ya estábamos las cuatro en casa.

De esta forma empezó la nueva comunidad, nos presentamos en el obispado y presenté por escrito al Obispo la fundación de la Comunidad de Dominicas MSF, en Santa Cruz.

Tenía previsto venir a España, una vez que quedara funcionando todo y las hermanas asentadas ya en la comunidad. Le pedí a Tere Gómez que se quedara un tiempo con ellas mientras yo estaba fuera. Me encontraba cansadísima y hecha un manojo de nervios con todo lo que había tenido que afrontar, también me empujaba la situación que se vivía en mi familia después de la muerte de mi hermano. Eran muchos años sin ir a España, llevaba más de 6 años sin salir de aquí desde que vine por primera vez y eso que me lo propusieron en más de una ocasión, pero fueron años de una responsabilidad e intensidad en el trabajo que no podía dejar y más en el tiempo que comenzó la fundación.

El día 6 de mayo de 1985 inauguramos el Colegio oficialmente, ya llevaba varios meses funcionando, para esto esperé a que llegaran las hermanas y estuviera ya la comunidad constituida. Vinieron las Autoridades Educativas de la zona, nos acompañaron también las comunidades religiosas de Santa Cruz, María Otaegui, que tanto había ayudado, José Antonio López. Ofició la Misa el P. Rodolfo, y en nombre de Santa María de América iniciamos los pasos como comunidad de Dominicas MSF en este lugar de Bolivia.

Al día siguiente tomaba el avión rumbo a España, el vuelo me llevo por Asunción del Paraguay, allí esperé 3 días el avión que me traería a Madrid, en esta escala recorrí el Paraguay para ver las cataratas del Iguazú, las más grandes de América en extensión de caída de agua. Con esta visión de lo grandioso de nuestro Continente, agradeciendo al Señor todo lo pasado en Bolivia y el camino que emprendíamos como Congregación. Levantado el ánimo, confortada y feliz. Al fin y al cabo era ya una realidad, que aunque pasada con sufrimientos y fallos, estaba por encima de todo la mano del Señor que había hecho posible esta obra. Así son sus caminos en los nuestros.

En el aeropuerto me esperaban mis padres, mi hermana con una nueva sobrina que no conocía, Ángeles Lecumberri y Lucrecia Apolinario.

En los primeros días fui a Amapolas para hablar con el Consejo y especialmente con Ángeles Lecumberri. Estaba todo el mundo a la expectativa de mis relatos, eran los primeros que llegaban desde Bolivia de una forma directa. En la reunión me sobró tiempo para decirles en pocas palabras todas las dificultades que habíamos pasado, que aunque eran de su conocimiento no se podían hacer cargo de lo que habían supuesto, las distancias, las dificultades en la comunicación por las huelgas. La fundación en Bolivia cogía a la Congregación sin mucha experiencia en países de misión de frontera.

En este tiempo me moví y viajé por alguna de las provincias de España para conectar con las entidades que ayudaban a países en vías de desarrollo. Estuve en la Delegación Nacional de Manos Unidas por primera vez y me enteré de los trámites para hacer los proyectos que nos financiaran la construcción del Centro de Madres y los baños para el Colegio, esto ya lo dejé en la Sede, hablé con la presidenta y quedó que se aprobaría en el consejo y lo enviarían.

En Pamplona me entrevisté con el P. Martínez de Olcoz S.J. Secretaría General de Fe y Alegría para toda América Latina. Se interesó mucho por el Colegio, como un padre me dio dinero en mano y hasta para mis gastos y llevé por delante 8.000 pesetas, más adelante me mandó otra aportación cuantiosa para poner las puertas y las ventanas en el nuevo edificio, desde este mismo momento iba a ser un gran amigo, dispuesto para todo lo que necesitáramos, me puso en contacto con empresas que podían ayudar que se encontraban en Zaragoza y Barcelona, estuve con empresarios que aportaban lo que tenían en sus fábricas, de estos lugares conseguí máquinas de coser y de escribir, un proyector de cine de 16 mm., un generador de luz eléctrica, útiles escolares, libros de texto... que ellos mismos se encargaron de enviarme por barco, con los gastos pagados.

Llegó el momento de regresar, me costó muchísimo, no por volver a Bolivia pues estaba deseando saber como había ido todo, volver a ver a la gente y además con la gran alegría de las aportaciones que me habían dado para el barrio.

Los primeros días de septiembre llegaba al aeropuerto de Santa Cruz, me estaban esperando Herminia y Melvy. Tere Gómez se había ido a Huanuni, ya no estaba Tere Murillo y esto urgía más que Santa Cruz.

Las hermanas se habían arreglado bien, estas amigas que trabajaron conmigo en la Villa 1º de Mayo, Melvy y Gely, les ayudaron mucho y todos los trámites de papeles en la Jefatura de Educación lo llevaban ellas, también las acompañaban en casa y Melvy que sabía conducir, iba a la compra del mercado y demás rutas que tenían que hacer, no me encontré con ningún problema. Las hermanas las encontré más adaptadas a todo lo que traíamos entre manos y llevaban bien el trabajo.

Terminamos este primer año de 1985. Herminia se fue a Chile para renovar sus votos y hacer un curso, seguía perteneciendo a esta Provincia, también se iba a ver la conveniencia de seguir o no en Bolivia, pues desde un principio era por un año. Herminia decidió volver.

Haydée se fue a Huanuni para pasar las Navidades y estar allí algún tiempo de vacaciones que le serviría para recorrer el Altiplano, pues lo desconocía.

Yo me quedé sola en Santa Cruz, el colegio había que terminarlo en las vacaciones y llegaban las ayudas de España. Volví a revivir “viejos tiempos”, me sirvió para descansar de verdad, a pesar de todo lo que traía entre manos. Para estas fechas un grupo de franciscanos pensaron en venir a trabajar al Plan 3.000, querían comenzar una fraternidad de vida al estilo de su padre San Francisco de Asís, viviendo en una casa de madera, paja y ladrillos, que ellos mismos se hicieron en una de las parcelas que daban para los damnificados. Juan Luís (vasco) y Martín

(alemán), fueron los primeros en llegar. Siempre fueron dos grandes amigos. Comenzamos juntos, trabajamos como grupo en las cooperativas del barrio, me ayudaban en la carpintería del Colegio, banquetas que necesitaba para la casa. Yo les organizaba las compras de su casa, utensilios para la cocina, mantas... y hasta la comida, pues los veía preparándose unos bocadillos a la hora de comer un día tras otro.

Las hijas de la Caridad vivían ya en el Plan y llevaban el micro hospital y la pastoral de la zona norte.

El estar sola muchas temporadas y el trabajar juntos en el Plan de Pastoral de toda la zona, creó en nosotros unos lazos de autentica amistad. Una vez en semana, nos turnábamos y teníamos la Eucaristía y después una merienda cena, en cada una de las casas, en estas reuniones de oración y fraternidad, hablábamos de todo, pasábamos ratos muy agradables que llegaban hasta la noche; nos prestábamos todo, hasta el punto de no comprar cualquier herramienta o utensilio que tuviera alguna de las casas. Esto que comenzó en un principio continúa actualmente así.

Una de las tardes apareció en un Jeep el P. Nicolás Castellanos (obispo emérito de Palencia) con Jesús, un sacerdote de su diócesis. Venían de España y estaban buscando un sitio en Bolivia para vivir como sacerdotes en un lugar de inserción. Habían hecho esa opción y dejaron su Diócesis de Palencia. Los llevé por todo el Plan 3.000 y al final preparé algo y cenamos en casa con la luz de las velas. Se quedaron con muy buena impresión para venir ellos, ya habían recorrido otros Departamentos de Bolivia. El Obispo de Tarija les propuso una parroquia en su diócesis, pero no encajaba muy bien con lo que el P. Nicolás Castellanos pretendía y me preguntó qué lugar me parecía más apropiado, les contesté que no se metieran muy de cerca con los obispos bolivianos, pues al extranjero lo ven como fuente de sacar dinero y ayudas y no se iban a sentir tan libres para realizar su misión. Aquí en el Plan 3.000 tenían muchas más posibilidades, pues todo estaba por hacer, les conté cómo llevábamos nosotras la Parroquia y que los franciscanos no abarcaban, además estaban en una zona de religiosos misioneros y extranjeros, eso les facilitaba el que ellos crearan algo nuevo. Más tarde cuando se asentaron en el Plan 3.000, vivieron en nuestra casa hasta que se hicieron una propia.

Estas vacaciones largas de final de 1985 y comienzo de 1986, se tradujeron en trabajo para terminar toda la primera planta del Colegio que estaba aún sin piso, sin puertas ni ventanas y además otras cosas imprescindibles para habilitarlas como aulas, llegó a tiempo la ayuda del P. Martínez Olcoz S.J de Pamplona y se pudieron terminar las obras. Desde ahora empezarían a venir más ayudas de un lugar y de otro, era la respuesta a infinidad de cartas que había escrito y a visitas en España.

Llegó una aportación de Adveniat (Alemania) para la compra de un vehículo. Compré un SUZUKY, pero este nuevo y de más potencia. Devolví al P. Rodolfo el “viejo” Suzuki que me prestó, sentí pena, nos había hecho un buen servicio, aunque tenía que estar en reparaciones continuas. Su nuevo destino fue las Misiones de los Franciscanos en el oriente boliviano.

Por esta época llegó la aportación para construir la nueva casa de la comunidad, agilicé los trámites para que los terrenos no fueran propiedad del Ayuntamiento y nos lo cedieron. La casa pasó en escritura a nombre de la Congregación de Dominicas MSF. Adveniat exigía como condición que los terrenos fueran propios y no públicos.

Después siguió la consulta de los planos, hice un bosquejo de una planta cuadrangular, al estilo colonial, con el jardín en medio y todas las puertas de las habitaciones hacia el jardín, seis habitaciones con baño y ducha, capilla y sala de reuniones, habitación de entrada, cocina, despensa, lavadero y garaje. Alrededor de la casa más terreno para huerta o jardín y un depósito grande de agua de lluvia y de red, un molino de viento para subirla al depósito... Un arquitecto hizo los planos. Resultaba grande, cómoda e independiente, era la primera casa y de momento la única que teníamos en Bolivia, ya que en la que vivíamos hasta ahora y la de Huanuni no eran nuestras.

Pensé en un futuro y me pareció que teníamos que tener cierta independencia e intimidad, aireada para estos fuertes calores tropicales. Las hermanas de Huanuni podrían pasar aquí grandes temporadas para descansar de la temperatura tan extrema y de la altura. Este fue el criterio.

Las donaciones venían a mi nombre para poder cobrarlo, después de invertirlo tenía que justificarlo con facturas y al céntimo. Para dar estos pasos en la economía me asesoré de otras Congregaciones que tenían experiencia larga y probada en estos asuntos.

Así fueron pasando los días y estos meses no se me hicieron para nada largos, en los que la intensa actividad se hacía mas llevadera que al principio. El coche me solucionaba mucho. Iba de un lado a otro, conseguía con facilidad los materiales, carpinteros y albañiles trabajaban sin parar, para dejar listas más de 6 aulas. En este momento tenía más dinero y también más experiencia, nos conocían ya las Entidades extranjeras de ayudas al Tercer Mundo y todo era canalizar ayudas. La obra iba creciendo con rapidez.

Entré a formar parte de la cooperativa del agua (aun no teníamos luz eléctrica), era lo más urgente para nuestro barrio. Por falta de una administración adecuada se malgastaban las ayudas que venían de fuera, yéndose de mano en mano, en cada presidente y tesorero que se nombraba. La gente sufría una alarmante escasez de agua por falta de pago de la cooperativa. Los pozos de extracción no se purificaban y generaba infinidad de problemas, enfermedades gastrointestinales, en muchos de los niños eran mortales. Se comenzaba a vender el agua y a especular a esta pobre gente. Nos reunimos todas las entidades de la zona

Se puso una nueva directiva y me pidieron que fuera la tesorera, formando parte de la directiva. Organicé los libros de cuentas, ingresos en el Banco de la recaudación que se recogía de la gente, el dinero lo guardaba en casa, pues ellos ya no se fiaban de ninguno, más de una vez desaparecían del barrio con las aportaciones de los vecinos. Se mandó un proyecto a Alemania y con esta ayuda se hizo un gran pozo en el Sector Sur y se incrementaron los pozos por zonas, estos eran artesanales se hacían con una profundidad de 15 a 20 m y con sistema de bomba manual o de veleta se sacaba el agua, los gastos se redujeron y tenían siempre agua.

La fraternidad y la cercanía de Juan Luís me ayudaron mucho a cimentar momentos de oración más prolongados. A las 6 y media de la mañana, diariamente, se celebraba la Misa, en el pequeño cuarto de tablas, lleno de tierra y arena que entraba sin cesar, pasando los perros y las gallinas, igual que las casas del lugar, aquí vivían con franciscanos jóvenes que estaban en periodo de formación. Nos sentábamos alrededor casi al ras del suelo, rezábamos los Laúdes y celebrábamos el encuentro con el Señor, en la Eucaristía. Era de una cercanía y ternura inigualables.

Comenzaba ya a asentarse mi corazón, a llenarse de paz, de agradecimiento, a querer prolongar siempre estos encuentros. Después, irrumpía el día con sus mil actividades, por dentro ese río de paz seguía fluyendo, se mantenía, al caer la tarde, esa luz del trópico nos abandonaba de repente con sus rayos rojizos detrás de las nubes que parecían estallar dejando un horizonte en "llamas". Me quedaba un buen reto en el patio de la casa sin encender ninguna vela, o sentada en nuestra pequeña capilla, con una pared por frente y un armario a la espalda, que la dividía del cuarto de entrada, las sillas bajas y cómodas alrededor del taburete que mantenía una caja de madera corriente, que hacía de sagrario, encima colgaba un crucifijo y al lado la Madre de Dios de WLADIMIR. Todo pequeño, invitaba a la intimidad, descansaba el cuerpo y el espíritu, momentos intensos. El silencio de la noche se imponía en mi interior y me dejaba estar... Esta búsqueda diaria del comienzo y del fin del día, fue abriéndose paso en mi existencia agitada. Buscaba momentos largos y fuertes de oración, los necesitaba, me llamaban, me sentía feliz.

En la carretera de Cochabamba, a 12 Km de Santa Cruz había un monasterio de Carmelitas (procedía su fundación de Lisieux). Algún fin de semana lo pasaba allí.

COMIENZO DEL CURSO 1986

Haydée y Herminia regresaban de vacaciones. El Colegio ya estaba prácticamente terminado. Se recibió una ayuda de 4.000 \$ desde Venezuela para montar la biblioteca y con ello mejoramos el mobiliario, nos proveíamos de mejor material.

Referente al trabajo todo se iba asentando y prosperando, se recibían ayudas de una parte y de otra. Manos Unidas nos concedía un buen aporte para la construcción de un local múltiple, promoción de la mujer, reuniones, aprendizaje de ramas técnicas y Capilla para los domingos y días festivos.

Adveniat ya hacía efectivo el primer pago para la construcción de nuestra casa. Todo iba saliendo a flote y en poco espacio de tiempo. En situaciones similares todo habría tardado mucho más, pero en esta ocasión parecía que era servido en “bandeja de plata”.

. Por las noches casi todas seguíamos en distintas reuniones, cooperativa, grupos juveniles, parroquia... Los fines de semana Haydee y Herminia llevaban la parroquia y yo la alfabetización de adultos.

En comunidad rezábamos juntas los Laúdes antes de empezar el trabajo. Lo demás que surgía y no estaba programado lo hacíamos sin compartir mucho.

En esta temporada tenía una actividad intensa fuera de la casa, en el trabajo y en la relación con la gente. Mantuve siempre los ratos de oración por la noche, fue cuando más leí; Libros de autores como Lafrance, Raguin y otros, las obras completas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz y por supuesto el libro de las Horas que abría todas las mañanas mi meditación. Esto fue, vamos a llamarlo así, mi soporte en todos los sentidos.

ULTIMO AÑO EN BOLIVIA 1987

A finales de 1986 y comienzos de 1987, iba a estar en preparativos de viajes.

En octubre de 1986 se celebraba, en Buenos Aires, el Congreso Latinoamericano de Educación Católica (E.C.L.A.), era con asistencia limitada. Yo fui como de legada de Bolivia, me había propuesto Fe y Alegría. La estancia de más de una semana en Buenos Aires, supuso un buen cambio de “aires” (jugando con la palabra). Una ciudad cosmopolita que ahora vivía de viejas glorias, con mausoleos, palacetes de mármol del siglo XIX, grandes plazas con cuidados y esmerados jardines, gigantescos monumentos; todo era una grandeza que ahora resultaba trasnochada. Me hospedé en la casa central de la Congregación de Jesús María, una casona que les había cedido Eva Perón, estaba en pleno Centro de Buenos Aires, así que el cambio de Bolivia a esto fue impresionante.

El Congreso en sí no fue interesante, pero muy masificado, más de 500 representantes, los argentinos nos duplicaban en número, incumpliendo las normas que habíamos observado los países restantes. No hubo nada renovador, sobretodo con vistas a las grandes mayorías de nuestro continente, que por razones de pobreza se quedaban sin educación y alcanzamos el mayor índice de analfabetos. Aunque el premio en el Congreso nos lo dieron a Bolivia, que estaba representada por la educación popular de Fe y Alegría, no quedamos satisfechos en las conclusiones finales.

Regresé a Bolivia terminando el año escolar, se aproximaban las vacaciones largas del verano, que en estas latitudes recorrían los meses de invierno de España. Haydée y Herminia se iban a Venezuela y Chile respectivamente.

Pensé en ir a pasar las navidades a Huanuni, pero estaba esperando la confirmación de un Congreso que me ofrecía el E.L.A. (Educación Latinoamericana de Adultos) en Medellín, Colombia. Esto se retrasó hasta enero y pasé las Navidades en Santa Cruz.

Estas vacaciones, no fueron como las anteriores, el Colegio estaba totalmente construido, la casa seguía su curso. Aun así el día transcurría muy ocupado, en el Colegio no se paraban de hacer mejoras, en la casa siempre había algo que preparar o arreglar. Tenía largos ratos para leer, pensar, orar... siempre en la caída de la tarde. Me daba cuenta que recuperaba el sosiego y la paz estando sola, me sentaba en el patio por las noches y miraba las estrellas, pasaba por mi mente estos años, cómo se había ido construyendo todo, las situaciones que viví al principio cuando me vine a vivir sola en esta misma casa, ¡Cuánto faltaba por hacer!, no sabía como me las iba a arreglar y ahora estaba todo puesto, funcionando; parecía el cuento de la lechera, pero sin romperse el cántaro.

Veía levantarse la nueva casa, donde íbamos a estar a finales de año. ¿Y después?, todo transformándose a medida que pasara el tiempo, me imaginaba con unos cuantos años más, el barrio ya no sería el mismo, tendría luz, agua, más coches, los alumnos de ahora serían padres de familia y yo “recordando glorias pasadas”. Era mucho lo que estaba ante mis ojos, era mucho lo que se había hecho ya, y seguía...

En Navidad, me insistieron mucho las Teresianas, por una parte, y las Hijas de la Caridad por otra, para que pasara esa noche y el día siguiente con ellas, hasta me prepararon una habitación para que me quedara.

El día 24 en la Misa de Medianoche, bautizábamos a David, el hijo de Joaquín y Eulogia, la familia que nos cuidaba el Colegio, por supuesto no podía faltar y pensé en celebrar la Navidad con ellos. La Misa la celebramos a las 8 de la tarde, pues el P. Estanislao tenía muchas capillas que atender. Llevé en el Jeep a los padrinos con el niño. La noche era serena, sin resplandores de luces, nos acompañaba el alegre bullicio de fiestas campesinas, músicas locales que tocaban en alguna casa diseminada por este barrio. No había que “hacer un Belén” de corcho simulando casitas de barro y tablas, ni poner rebaños de ovejas, cabras y pastores. El Belén aquí era vivo, sin disfraz, no puesto solamente para una Noche Buena, así era la vida de todos los días.

En esta noche se abrían los cielos y este pueblo, como tantos de la tierra, reflejaba la ternura de Dios Niño, pobre, indefenso, con ansia de amor, calor, amistad.

Nunca he pasado una noche de Navidad sin emocionarme por dentro. En otros lugares con situaciones mucho más confortables, abundancia de alimentos, luces hasta derrochar, cohetes, fuegos artificiales, música, muchos regalos. Mi corazón recordaba con nostalgia la familia

Esta noche era distinta, no añoraba mucho a los míos. Saboreaba con felicidad el estar con esta gente. Hoy mi grupo familiar eran estos indios potosinos, con sus costumbres, su música... Hoy me sentía en Belén.

Al llegar de la Misa, nos fuimos a cenar a casa de Joaquín, vivía en una aula sin terminar, nos juntamos como unas 20 personas, cada una se sentaba donde podía, no había ni mesa ni sillas para todos. Con poco alboroto, como es su costumbre, pero con ambiente festivo, se fueron sentando, quien en la cama o en la entrada del patio. Me reservaron un sitio en la pequeña mesa que había. Sirvieron el único plato típico de estas fiestas, arroz, chuño, maíz y una tajada de pollo cocido, todo junto, y con una cuchara metida entre la comida, no hacía falta más cubiertos ni platos, quedaba listo con esto. Estas comidas son secas, casi sin sabor, pues yo no les echaba el ají que le ponen en Bolivia y pica a rabiar. Quedaba uno como para no comer más. Después se tomaba chicha hasta el amanecer, mientras canturreaban medio borrachos canciones del altiplano.

Así se pasaba la noche, se charlaba un poco hasta que hacía efecto la chicha, las más de las veces se estaba en silencio, lo más importante era eso “estar”, cuanto más tiempo transcurrías con ellos demostrabas tu aprecio y amistad, si te levantabas y despedías pronto, era como un desaire. A las 12 de la noche, los niños, de cualquier manera, se habían quedado dormidos, los mayores soñolientos y llorosos por el exceso de chicha, no hablaban más. Así los dejé y me fui a casa.

A la mañana siguiente el sol entraba por la ventana con una temperatura de más de 30°, como todos los días, nada indicaba que fuera 25 de diciembre, excepto que no se oían voces por el camino, la gente estaba dormida.

En enero me llegó el pasaje para ir a Medellín. El curso comenzaba el 11 y duraría una semana. Hice todos los preparativos y me fui a Colombia con un joven boliviano que también participaba en el Congreso del E.L.A. No hubo una asistencia muy numerosa, pues la misma Organización corría con los gastos de viaje y estancia, así que se limitó lo más que se pudo la participación.

Desde un principio nos dijeron que era “aconfesional”, yo era la única religiosa que asistía, pero por supuesto estaba allí en calidad de promotora como todos los demás; sí, me di cuenta que aunque no confesaran públicamente sus tendencias ideológicas, eran protestantes de una línea conservadora. Lo interesante era, que al final te financiaban los proyectos, se que en lo demás no se

fijaban mucho, aunque esto creo que se daba más adelante, cuando pertenecieras a la Organización. De momento me vine con 5.000 \$ para el Centro de Promoción de Mujeres y la promesa de pozos de agua.

A la vuelta me quedé una semana en Bogotá para estar con las hermanas. Celina y Teresa Bengoechea me acapararon casi todo el tiempo en el barrio San Francisco. Al final pasé dos días en la nueva casa noviciado. Regresé pasando por Lima, aquí estuve más de la cuenta, pues un atentado del grupo guerrillero “Sendero Luminoso” había retrasado los vuelos. Aunque estaban las calles vigiladas con tanques, no sentí demasiado temor. Hice unas compras y fui a la Iglesia de San Martín de Porres (Dominicos de la provincia de Perú) y Santa Rosa de Lima (dominicos de la provincia de España). Pasé el resto del tiempo con las Dominicanas del Rosario. Al día siguiente estaba en La Paz rumbo a Santa Cruz.

Otra temporada sola, hasta que llegaran las hermanas de Chile y Venezuela, para comenzar el nuevo curso.

Comenzábamos de nuevo el año escolar, esta vez ya casi como una rutina, todo estaba terminado, un poco más allá se alzaba las nuevas obras, el Centro de Mujeres de Manos Unidas y la casa definitiva. Todo muy adelantado.

VISITA DEL CONSEJO GENERAL (Ascensión Pizarro y M^a Jesús González)

Ascensión Pizarro, General de la Congregación, había sido elegida en agosto del año anterior, venía a Bolivia desde Chile con M^a Jesús González, para hacer la visita a estas casas de la Congregación que dependían del Consejo General. Esta era la primera visita que hacían a Bolivia después de estos años de fundación.

Ascensión es compañera de noviciado, simpatizamos siempre mucho, por la cercanía de nuestras familias que son extremeñas. No convivimos más que los años de formación en Salamanca y Madrid. A ella la destinaron a Canarias y a mí a Venezuela, nunca más nos volvimos a ver, pero manteníamos con una fidelidad constante una correspondencia en días señalados de Navidad, Pascua y alguna fecha más, no lo hacíamos por rutina, nos teníamos verdadero cariño y queríamos saber de nuestras vidas. Era una de las posibles hermanas para venir a Santa Cruz.

Esta expectativa de nuestro encuentro se acrecentaba por el hecho de la fundación de Bolivia. Ganas de vernos, de saber como estábamos después de 18 años, de hablar de tantas cosas. Estaba ante la visita de una amiga, de una persona que a pesar de desconocer su situación actual, la esperaba con mucha ilusión. Nos intercambiamos varias cartas después de ser nombrada General de la Congregación y venía un poco al corriente de lo que pasaba en estas comunidades, no solo por mí, sino por las demás hermanas.

A mediados de abril llegaron a La Paz, procedentes de Chile, donde concluía la visita. Las fue a recibir Pino León y Tere Gómez, pasarían una semana en Huanuni y a continuación vendrían a Santa Cruz.

Nada más llegar a La Paz me llamó por teléfono y la vi muy interesada con todo esto y con ganas de verme.

El lunes de Pascua estaban en Santa Cruz, las fuimos a recibir todas las hermanas que estábamos aquí. Era de noche y por falta de luz eléctrica no pudieron ver el Colegio y sus alrededores hasta el día siguiente. Nos acomodamos como pudimos, poniendo camas plegables, en la reducida casa. Esa noche después de hablar de tantas impresiones, nos quedamos Ascensión y yo largo rato, fue un encuentro muy emotivo, recordamos esos primeros años que pasamos juntas, los 18 años en que transcurrieron nuestras vidas sin vernos.

Al día siguiente después de ver el Colegio y saludar a los profesores y alumnos y a la gente que se acercaba para darles la bienvenida, fuimos a la casa que se estaba construyendo, para estas fechas ya faltaba muy poco para terminarla, y se hicieron la idea perfectamente de cómo iba a ser. Ellas me animaron a que continuara, la verdad es que se impresionaron de todo lo que se había

hecho, del trabajo que llevábamos en esta zona. Me sentí admirada, apoyada, querida. Empezaba a tener un gran respiro después de tanto tiempo, era feliz.

.Pasado el tiempo de la visita, Ascensión y María Jesús se fueron a Venezuela.

En la última quincena de julio vinieron Pino y Tere desde Huanuni, para descansar de los climas de la altura.

En la primera semana de estancia de las hermanas de Huanuni, recibimos una comunicación. Ascensión quería hablar con Pino, con Haydée y conmigo. Teníamos que llamarla al día siguiente.

Llegamos a la telefónica y la primera que habló un largo rato fue Haydée, después Pino, Haydée mientras tanto habló conmigo y me comunicó que había pensado irse a Venezuela, que Ascensión le había comunicado, que si lo hacía quería que fuera a Venezuela en ese momento en el que estaba ella allí. Haydée cambió de opinión y le contestó que se quedaba en Bolivia un tiempo más para pensarlo, que de momento no lo haría.

Yo fui la última en hablar y tardé muy poco. Ascensión me dijo que era necesario que yo regresara a España, lo más pronto posible.

Los versos de Machado vinieron a mi memoria: *“Todo pasa, todo queda, pero lo nuestro es pasar, pasar haciendo caminos, caminos sobre la mar...”*.

Llegué a mediodía del día 4 de septiembre al Aeropuerto de Barajas. Mientras esperaba el equipaje para salir de la Aduana, sentí que se me paralizaba todo el cuerpo, me resistía a entrar en España. No era lo que iba hacer o dejar de hacer, sino en que posición me colocaba por dentro, ante este mar de inquietud y sufrimiento, le pedí al Señor que me agarrara fuerte y me dejara en su Verdad.

Al salir me encontré con mis padres, mi hermana y cuñado, Ascensión y María Teresa Sancho también habían ido a recibirme.

Pasado unos días fui a Amapolas, me vi a solas con Ascensión y también con el Consejo quienes me dieron razón de la propuesta de regresar a España.

A MODO DE EPILOGO

En estas hojas, está escrita “Una parte de mi vida”, que me ha dejado marcada profundamente.

A través de estos acontecimientos “quijotescos” y aventureros, está la verdadera trama: aprender que la presencia del Señor, no buscada de antemano, me salía al encuentro. Este Dios ha sido para mí en estos años, oscuro a veces, el que ha llevado la iniciativa de este encuentro, que se manifestó con fuerza al final, cuando todo se me derrumbaba y tuve que renunciar a lo que más quería.

No ha habido nada comparado a la enseñanza de este tiempo.

Desde aquí, desde lo que soy, lo creo y lo vivo con todo mí ser: que el Señor es Padre, nos ama, y todo viene en beneficio nuestro. **¡Solo Dios basta!**

Termino, con la presencia misericordiosa de la Madre de Dios de Wladimir, la Madre que me ha mantenido y guiado, sin dejar nunca que me pierda.